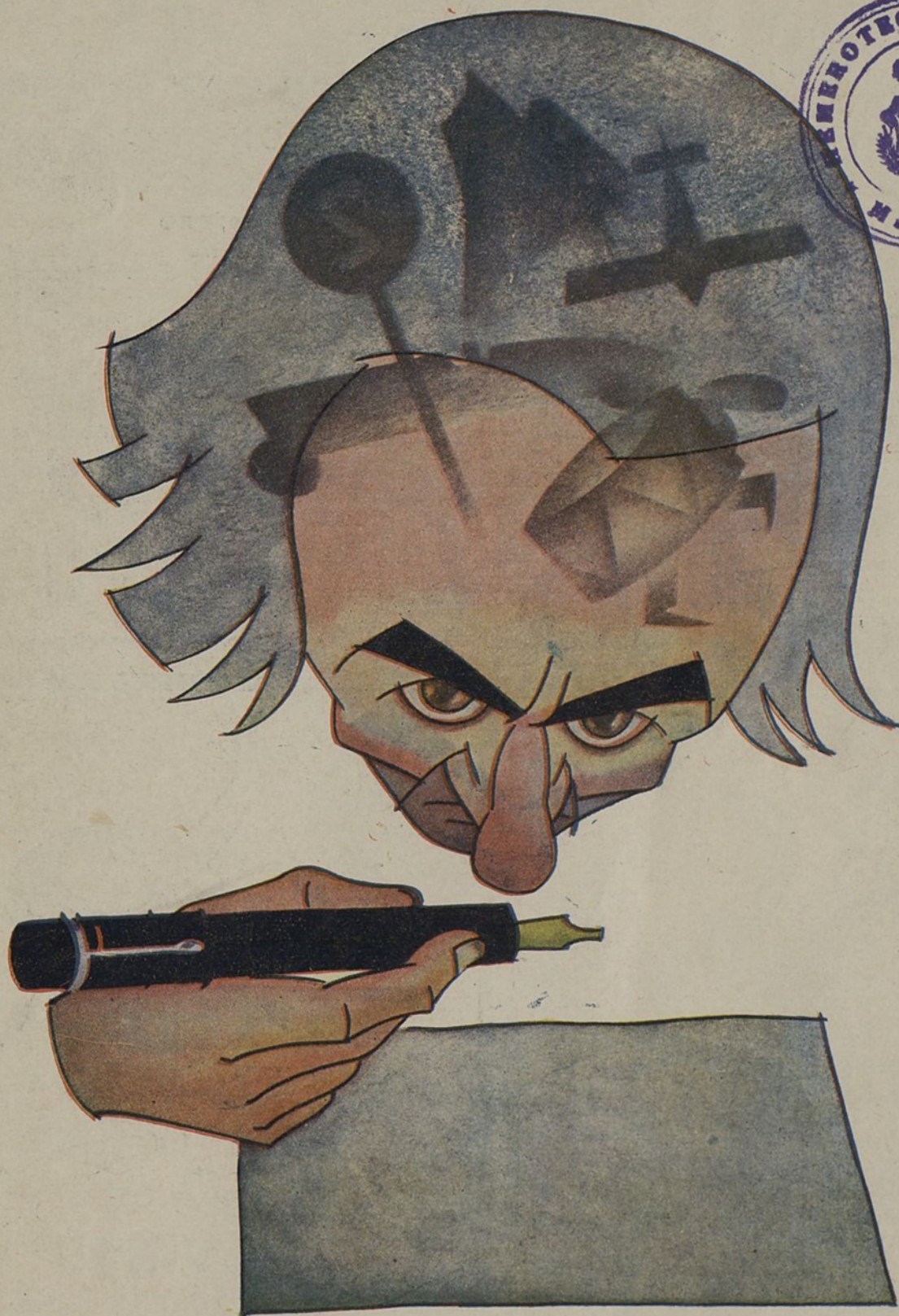


# BUEN HUMOR

40 CENTIMOS



Bernad 2/29

—¡Qué mala suerte! Por una vez que tengo la cabeza llena de ideas, mi estilográfica está vacía.

Dib. de BERNAD.—París.

Ayuntamiento de Madrid





# BUEN HUMOR



## PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

### MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 — ).....	10,40 —
Año (52 — ).....	20 —

### PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 — ).....	12,40 —
Año (52 — ).....	24 —

### EXTRANJERO

#### UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —


### ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería. S. A. Apartado 603. Habana

### REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142



PAPEL  
DE  
**FUMAR**

**BAMBÚ**

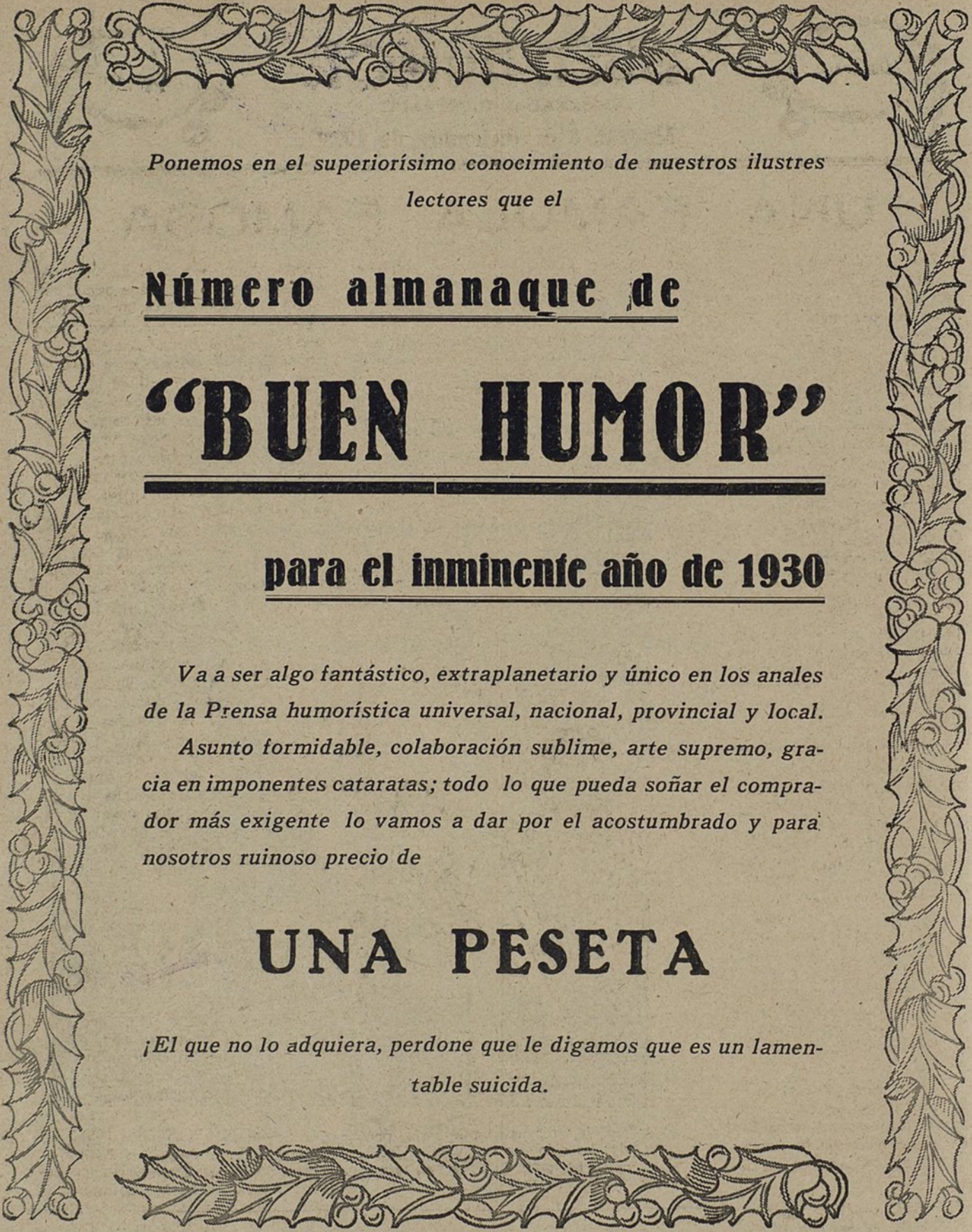


LOs TAMOS  
POLVO INSECTICIDA  
**LEYER & COMP<sup>a</sup>**  
SON INFALIBLES PARA LA DESTRUCCION DE TODA  
CLASE DE INSECTOS



Ayuntamiento de Madrid





*Ponemos en el superiorísimo conocimiento de nuestros ilustres  
lectores que el*

**Número almanaque de**

**“BUEN HUMOR”**

**para el inminente año de 1930**

*Va a ser algo fantástico, extraplanetario y único en los anales  
de la Prensa humorística universal, nacional, provincial y local.*

*Asunto formidable, colaboración sublime, arte supremo, gra-  
cia en imponentes cataratas; todo lo que pueda soñar el compra-  
dor más exigente lo vamos a dar por el acostumbrado y para  
nosotros ruinoso precio de*

**UNA PESETA**

*¡El que no lo adquiera, perdone que le digamos que es un lamen-  
table suicida.*





AÑO VIII

# BUEN HUMOR

SEMANARIO ILUSTRADO

Madrid, 8 de diciembre de 1929



Núm. 419.



## UNA FAMULA FAMOSA

Era verdaderamente una alhaja aquella doméstica. Estábamos encantados con su servicio, tanto mi mujer como yo, por reunir condiciones tan excelentes. Era limpia, no *sisaba*, no exigía que le comprásemos a su novio ropa interior; en fin, un encanto.

Recordaba por su fidelidad, cariño y mansedumbre a aquellos otros servidores sumisos, mejor dicho, esclavos, que usaron los checoslovacos del siglo XIX cuando, tras la lucha por echar de Chipiona a los mahometanos exóticos, se quedaron dueños del túnel bajo el Estrecho (1)... Poco le faltaba a mi inolvidable fámula para imitar a los susodichos esclavos, cuando en el paroxismo de su bondadosa servidumbre quitaban a sus amos varones la caspa con un tenedor, y a sus dueñas las espinillas con navajas de cuernos... ¡Qué siervos!...

Estábamos locos con ella. Sólo tenía un inconveniente, que yo, al principio, creí fuese remediable; pero que desgraciadamente no fué así: se creía en el deber de decirnos de qué tenían cara o qué semejaban nuestras vistas, por serias y respetables que fuesen. Como buena andaluza, tenía el don de buscar el parecido. Pero con un arte y una semejanza que metía miedo. Parte de culpa la tenía yo. Lo confieso ingenuamente. Una vez me hizo gracia cierto parecido que, efectivamente, era un acierto, y al verme reír perdí toda mi autoridad.

Aprovechaba para cumplir la misión que se había ella misma impuesto el momento de la despedida en la puerta de la calle. Cuando abría la

cancela para que saliera el visitante, y nosotros nos dedicábamos a organizar la serie de cabezadas de despedida, ella, cerrando la cancela, exclamaba invariablemente: "Anda ya, que tiene *toa* la cara de..." (aquí, generalmente, un bicho que era un primor de parecido). Excusado es decir que cuando oíamos tocar el timbre de la puerta nos echábamos a temblar y rogar a Dios que la visita fuese lo mejor parecida posible o del gusto de la fámula, pues reñirle o amenazarla era completamente inútil. Siempre nos quedaba la esperanza de que el parecido no lo oyera la visita.

Una tarde me pasó mi doméstica la

tarjeta de un señor para mí absolutamente desconocido. Le dije que lo pasase a mi despacho. No hice más que verle la cara y me dije: "Esta tarde tenemos aquí la gorda." A medida que fuí también fijándome en su facha e indumentaria comprendí de una manera rotunda e inevitable el parecido que me esperaba de mi criada. El señor era nada menos que un finísimo y honorable diplomático; pero de una delgadez excesiva, de facciones largas y punzantes y algo encorvado por el peso de los años. Vestía correctamente de negro, y unos largos bigotes blancos y caídos le hacían aún más larga su cabeza, exenta de cabellos...

Llegó el momento temible de la despedida, y aunque quiso evitar la presencia de mi fámula, fué imposible. Allí estaba agarrada a la cancela, lista para cumplir su misión.

Estrechón de manos, ofrecimiento de moradas y vengán cabezadas cada vez más ceremoniosas y rasantes. Cuando el señor pisa el escalón de la puerta de la calle e inicia la última reverencia, oigo a mi doméstica, que dice más alto que nunca: "Vete ya, que *tié toa* la cara un langostino."

A las pocas semanas tuve el gusto de celebrar mi onomástica y recibí la siguiente tarjeta, que aun no he sabido contestar:

"Mi distinguido amigo: Tengo un verdadero honor y gusto en felicitarle en su día. Perdóneme no lo haga personalmente mientras tenga a su servicio jóvenes tan aficionadas al marisco. Su atto. ..."

Se la leí a mi sirvienta, y por toda contestación, se fué hacia la cocina cantando bajito un fandanguillo de Huelva... ¿Qué hago?

PEDRO RISTORI MONTOJO



(1) Esta erudición mía me va a costar un disgusto. Es que lo estoy viendo.

Dib. SILENO.—Madrid.



# Postales económicas

¡Oh, Tú, Señor, que vives en la Gloria,  
único sitio donde no hay casero;  
dime por qué se quedan sin memoria  
los que deben favores y dinero!...

\*\*\*

Si será el amor fuerte  
que no lo mata ni la misma muerte,  
pues entre el polvo humano  
es donde hace sus nidos el gusano.

\*\*\*

Para que pase bien el alimento  
hay que echarle la llave al pensamiento.

\*\*\*

Ayer pasé a tu lado; llovía fuerte,  
y crucé distraído sin conocerte.

¡Lo que es el mundo!  
Como cambias de madre, yo me confundo.

\*\*\*

Muchas veces lo he dicho:  
¿Qué es la felicidad? Cualquier capricho.

\*\*\*

Le he dicho a la devota Basilisa

que no está bien (y no ofenderla trato)  
el rezar por la noches en camisa.  
Que se deje un pendiente y un zapato  
y que no tenga prisa.

\*\*\*

¡Dios mío de mi vida,  
no me prives jamás de la comida,  
pero menos aún de la bebida!

\*\*\*

Vamos a ver: ¿qué quieres?  
¿Que te quieran de balde las mujeres?  
No seas tan camueso,  
que la mejor manzana tiene hueso.

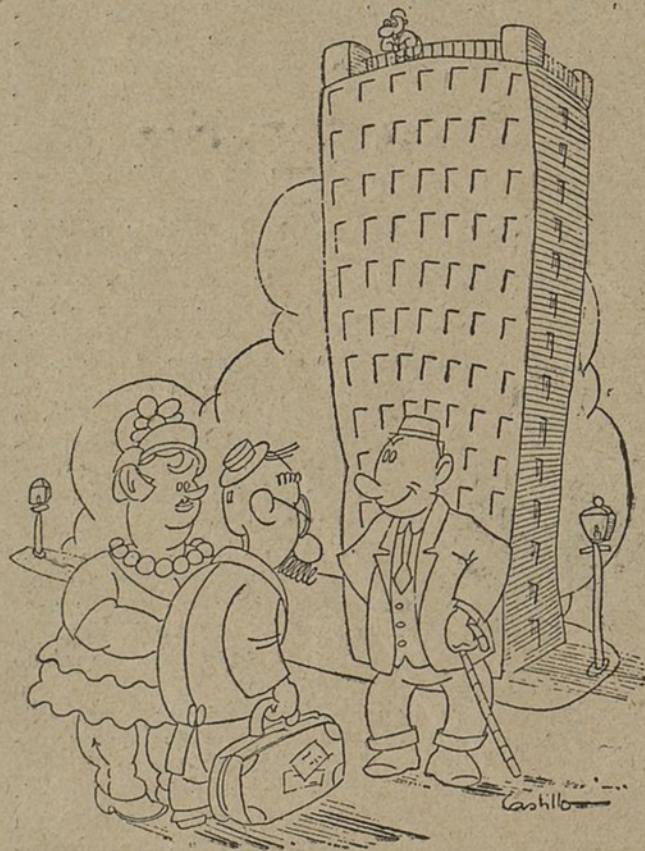
\*\*\*

¡Vaya, vaya, vaya con doña Heriberta!  
¿Conque a esas horitas abría la puerta?

\*\*\*

Un pobre ciego a un manco así le hablaba:  
—Yo, en mis asuntos, voy con miramiento...  
Y el manco contestaba:  
—Yo también suelo ir con mucho tiento...

X. X. X.



—Tengo el gusto de presentarte al Sr. Detraux, el gran pintor de animales.

—Encantada de conocerle a usted, caballero; siempre me han gustado mucho los animales.

Dib. CASTILLO.—Madrid.



—Su pintura se parece mucho a la de Leonardo de Vinci.

—¡Oh! ¡No sabe usted lo que me imitan por ahí!

Dib. DEL RÍO.—Barcelona.





ENSAYANDO "OTELLO"

—Lo que yo no me explico es por qué en el último acto me estrangula.  
—¡Ni nadie! ¡La debían de estrangular a usted al empezar la función!

Dib. QUINCITO, 0,15.—Tetuán.



## Un nuevo libro de Jardiel Poncela

# ¡ESPÉRAME EN SIBERIA, VIDA MÍA!

(Novela de amor y aventuras)

Uno de los "niños mimados" de esta santa casa, queremos decir Enrique Jardiel Poncela, que ha batido el "record" de la producción, acaba de publicar una nueva novela, "¡Espérame en Siberia, vida mía!", con el éxito de agotamiento de edición peculiar en él.

Ya no es cosa de adjetivar a quien llevamos tan dentro, tan conocido es de todos. Nos limitamos a dar un pequeño fragmento del libro para que vean ustedes canela y lo adquieran mañana mismo.



Enrique Jardiel Poncela, interpretado por Sirio en un momento de mal humor.

## QUINTO CAPÍTULO

### Junta general de la "Unión de Asesinos Sin Trabajo"

La marcha por el pasillo concluyó abriendo una puerta pintada de almazarrón y entrando—Mario primero y el "señor Vicente" después—en una especie de desván repleto de cubas de vino, donde se hallaban reunidos los socios de la *Unión General de Asesinos Sin Trabajo*.

Eran cuarenta y dos hombres cuyas caras revelaban la ferocidad más inefable, esa ferocidad que sólo logra uno encontrar en los rostros de los escritores dramáticos cuando se estrena con éxito la comedia de un compañero. Estaban todos sentados en lo alto de las cubas, con las piernas colgando y la gorras ladeadas hacia el suroeste. Al foro, en una cuba mayor que las demás, reposaba la Junta directiva, compuesta de un presidente, un vicepresidente, un secretario, cuatro vocales y dos consonantes. El presidente tenía a su vera un bote de "melocotón al natural" lleno de piedrecitas y que, al agitarse, hacía el oficio de campanilla.

El secretario leía, a base de frecuentes *lapsus linguae*, el acta de la sesión anterior, un acta que era un *potpourri* de gerundios y de infamias prosódicas.

Decía:

—Y estando acabando la sesión, y siendo yo secretario, se me rogó el mes pasado que...

El presidente le interrumpió:

—¿Qué pone en el acta? ¿Se me rogó o me se rogó?

—Se me rogó.

—Pues se dice *me se*.

—Se dice *se me*.

El presidente le miró de un modo torvo, y pegando con el bote en el borde del tonel, aulló:

—Se dice *me se*, bestia.

Una pausa. El presidente continuó:

—Cuando ibas al café a comer, ¿qué pedías, *entremeses* o *entresemes*?

—Entremeses—confesó el secretario anonadado.

—¡Pues entonces! Y hablando de julio, agosto y septiembre, cómo se dice, ¿los *meses de verano* o los *semes de verano*?

—Los *meses*—replicó el otro sin aliento.

—¿Y aun te atreves a porfiar que se dice *se me*? ¿Sabes lo que manda el Reglamento que se haga con el que discute las palabras de la presidencia?

El secretario bajó los párpados, le pasó el acta de la sesión anterior al

compañero de al lado y le entregó al presidente una navaja. Y el presidente le atizó con la velocidad de la gripe.

Tardó en morir el secretario dieciocho segundos y tres suspiros.

A las doce y diez se abrió la puerta y entró un hombre joven, fuerte, bien trajeado, que saludó familiarmente y se sentó con aire aburrido.

Era el delegado de la autoridad, que asistía a la sesión, como ordena la ley de Reuniones, para evitar posibles transgresiones del Código.

Los cuarenta y dos socios devolvieron cordialmente el saludo.

—¡Buenas noches, don Germán! —se oyó desde lo alto de todas las cubas.

El delegado de la autoridad descubrió el cuerpo inerte del secretario e indagó, dirigiéndose a la presidencia:

—¿Qué? ¿Ya ha habido "baile"?

—Se ha empeñado en desobedecer el Reglamento, don Germán—explicó el presidente— y no he tenido más remedio que atizarle...

—Bueno, bueno... Que no vuelva a ocurrir.

El delegado de la autoridad bostezó y encendió un cigarrillo.

—Estoy hecho cisco—declaró.



—¿Mucho trabajo?—le preguntó Mario, encantado de hallarse junto a una persona de conciencia sólida.

—Mucho... Hoy me he cargado, con ésta, siete juntas generales... ¡Es excesivo!

Agregó dirigiéndose al presidente otra vez:

—Venga... Acabad pronto, que quiero irme a dormir...

En la última parte de la lectura del acta, el vocal 1.º interrumpió con cuatro golpes de tos consecutivos. Y hubo que suprimirle del Censo.

A continuación, aprobada el acta, se pasó a la orden del día.

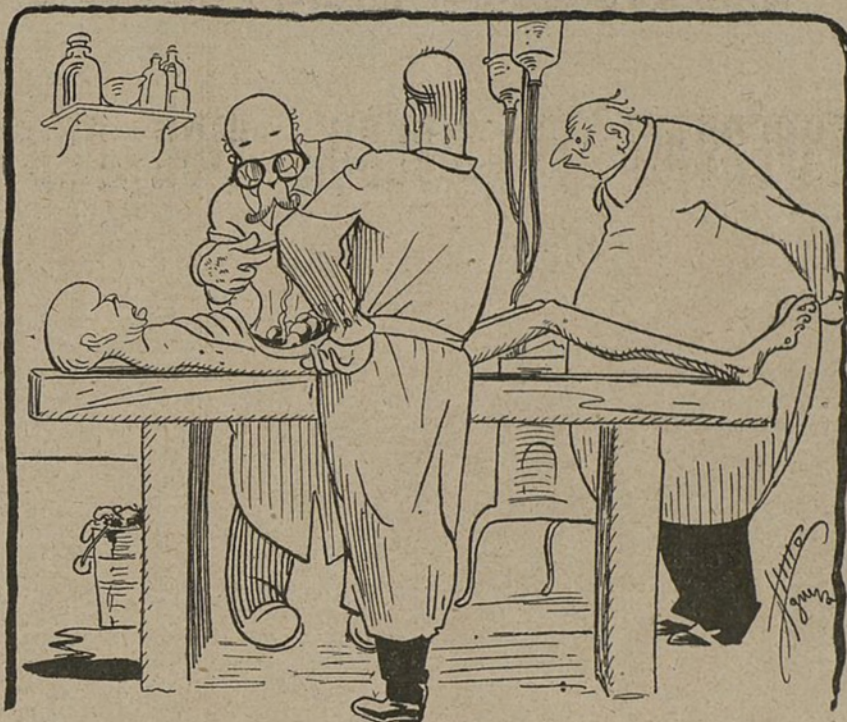
El Troncho improvisó un refulgente discurso en el cual no empleó ni una sola expresión de "argot", porque en las juntas de la Sociedad el Reglamento ordenaba que *se procediese con la mayor distinción, pues sólo con palabras distinguidas se podía llegar a un acuerdo* (1).

—Camaradas—dijo—, el problema que vamos a discutir en esta orden del día es el problema que discutimos en la orden del día de la sesión pasada y en la de la antepasada y en las de todas las sesiones. A saber: la crisis de nuestro oficio.

—¡Muy bien!—dijeron algunos cobistas.

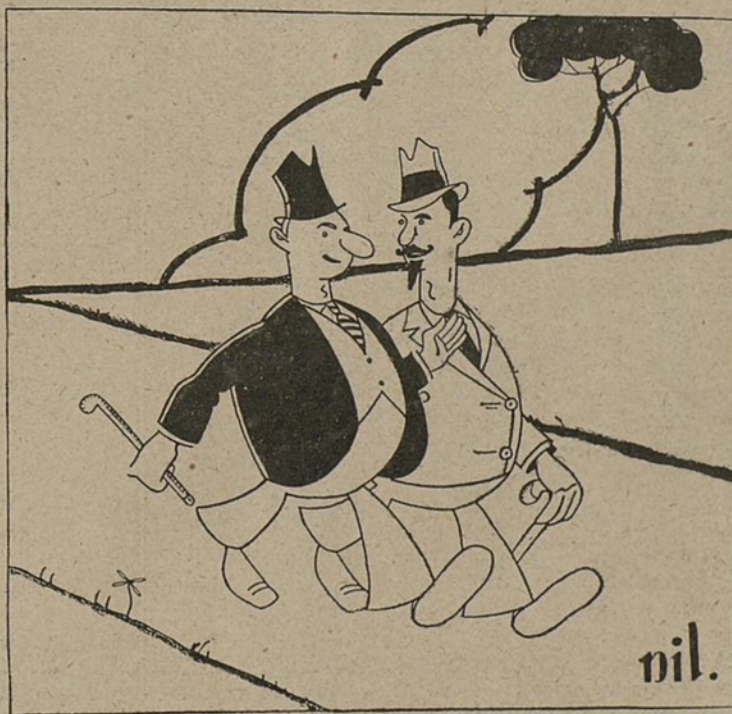
—¿Puede dudarse, camaradas, de que el asesinato ya no produce medios bastantes de vida? ¡No puede dudarse! La Guardia civil, la Policía, los Somatenes y las pistolas automáticas están limitando cada vez más nuestras existencias. Y hoy ser asesino ya no es un negocio. Es mucho más negocio ser dentista. (*Risas clogiosas.*) Madrid es una ciudad cosmopolita, cuya población sobrepasa el millón de habitantes. Con arreglo a las estadísticas europeas, que yo he comparado, corresponde a Madrid 5.000 asesinos profesionales, es decir, un medio por ciento. Pues bien: los asesinos profesionales que *trabajamos* la plaza de Madrid no somos arriba de cuatro docenas... ¡¡y estas cuatro docenas nos morimos de hambre!!... (*Aplausos: ¡Muy bien! ¡Así se habla! ¡Es un hacha!, etc.*) ¿No es esto inicuo? ¿No es esto vergonzoso? (*¡Sí, sí!*) ¿Nuestra profesión no es tan digna como otra cualquiera?

El presidente agitó el bote del me-



—Intoxicación por haber ingerido tubérculos en malas condiciones.  
—Entonces, ¿qué cree usted que tiene?  
—¡Tuberculosis!

Dib. ALMOGUERA.—Madrid.



—ya no te veo con Paulita en ninguna parte.  
—Es que me he casado con ella.

Dib. NIL.—Madrid.

(1) Reglamento y Estatutos de la Unión General de Asesinos Sin Trabajo. Capítulo II, art. 4.º (Un tomo en 16.º) (De venta en las principales librerías, 2 pesetas.)



locotón (al natural) y continuó, elevándose, según la escuela de los hermanos Montgolfier.

—Alguien ha dicho que el asesinato es una de las Bellas Artes... ¿Por qué entonces no nos ayuda el Estado? ¿Por qué no se celebra todos los años una Exposición Nacional de Asesinatos en el Retiro? (*Larga y entusiástica ovación, que despertó de su sueño al delegado.*) Lejos de hacer esto, el Estado nos persigue con sus organizaciones diversas, con sus ametralladoras, con sus bombas de mano, con sus gases lacrimógenos. ¡No hay derecho, camaradas! ¡¡No hay derecho!! (*En un tono suave que contribuyó a que el delegado de la autoridad se durmiese de nuevo.*) Para luchar contra la injusticia social fué para lo que fundamos, hace quince años, nuestra Unión. Porque nuestra Unión, ¿qué es sino una sociedad de resistencia, de defensa? Había que amparar la clase del maltratado asesino español profesional, porque era irresistible que gentes como nosotros, que han dedicado la existencia entera

al asesinato y a él han consagrado sus mejores energías y sacrificado sus más caros afectos, se viesan al cabo (cerca ya de la vejez algunos), sin tener nada que llevarse a la boca, aparte del pitillo... (*Grandes aplausos y voces de: ¡A veces, ni eso!*)

Una pausa. Bebió un chupito de vino del tonel que hacía de mesa presidencial y prosiguió:

—¡Y si sólo fuese el Estado el que arruina nuestra desventurada cía...! Pero son también las nuevas costumbres, y hasta la difusión de la cultura las que nos hunden progresivamente en el fracaso y en la miseria. Recordad si no los gloriosos días del siglo XIX, en el que las costumbres eran otras y la cultura general menor; recordad aquellos tiempos y veréis que fué esa época una *edad de oro* para los asesinos profesionales. Todo el mundo *encargaba* asesinatos entonces... Nunca faltaba un tutor desaprensivo que quería apoderarse de la fortuna de su pupila y que daba una fuerte cantidad para que se la asesinasen sin dejar rastro. Y si no era

un tutor, era un sobrino que deseaba heredar a su tía; o un hermano bastardo a quien interesaba que desapareciese el hermano legítimo; o, sencillamente, un hermoso teniente que quería desembarazarse de otro hermoso capitán con el ambicioso objeto de ascender un empleo. Las novelas y los melodramas de aquel tiempo están llenos de estos problemas encantadores que sólo se resolvían *contratando* un asesino profesional. ¡Y qué precios se ponían entonces, amigos míos! ¡¡Qué precios!! ¡¡Unos precios fantásticos!! (*El delegado de la autoridad se despertó a influjos del último esdrújulo. Volvió a dormirse con el párrafo siguiente.*) Hoy—¡ay—las costumbres son otras y la cultura general mayor. Por eso nos encontramos nosotros en la ruina. ¿Es que ya no hay gentes necesitadas de que otras desaparezcan del mundo? Sí... Siguen existiendo esas gentes; lo que sucede es que se arreglan sus asuntos ellas mismas sin recurrir a los profesionales. Les salen mucho peor los asesinatos, claro; pero, en cambio, no puede negarse que les resultan más baratos. Y cuando, por verdadera casualidad, avisan a uno de nosotros, ¿quién se atrevería a mantener los precios de antes? (*Voces de: ¡Nadie, nadie!*) ¡Nadie, camaradas; nadie se atrevería a mantener aquellos precios! Y así, se da el caso de que ahora un *asesinato de anciana desvalida*, por ejemplo, que, como sabéis, es el que marca menos en tarifa, no puede cobrarse a más de sesenta y ocho pesetas.

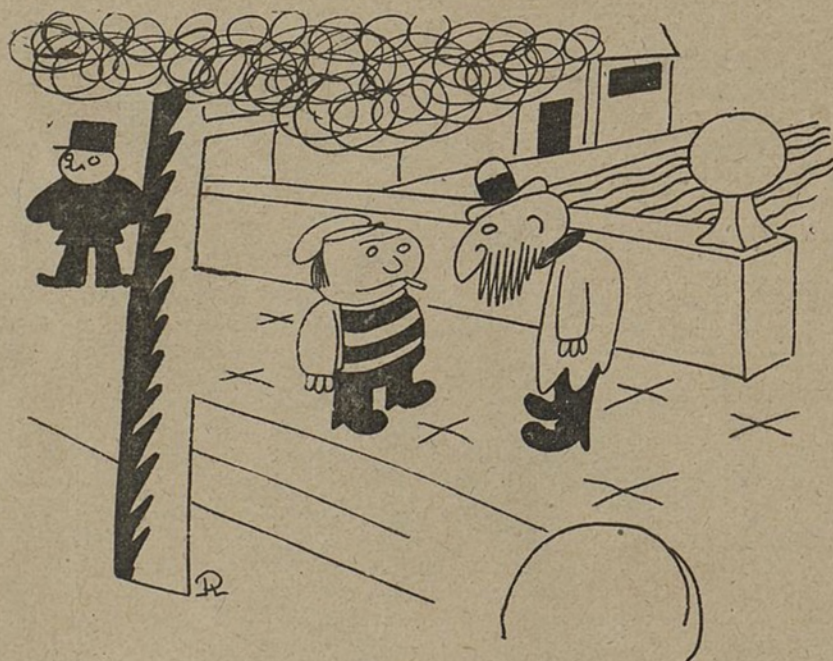
En aquel momento, el "señor Vicente" se acercó al orador y habló con él aparte unos segundos. Al acabar, el presidente mostraba un rostro radiante. Agitó el bote y exclamó:

—¡¡Compañeros!! ¡Hay una solución! Acaba de decírmelo el "señor Vicente"... Aquel caballero—y señaló a Mario Esfarcies—viene a contratar un asesinato.

(*Y a consecuencia de estas palabras se organizó tal jaleo entre los socios de la Unión que me veo precisado a cortar la escena para que el lector no se vea envuelto en el tumulto.*)

—¿Qué harías con el dinero, si tuvieses los ingresos que tiene el Ministerio de Hacienda?

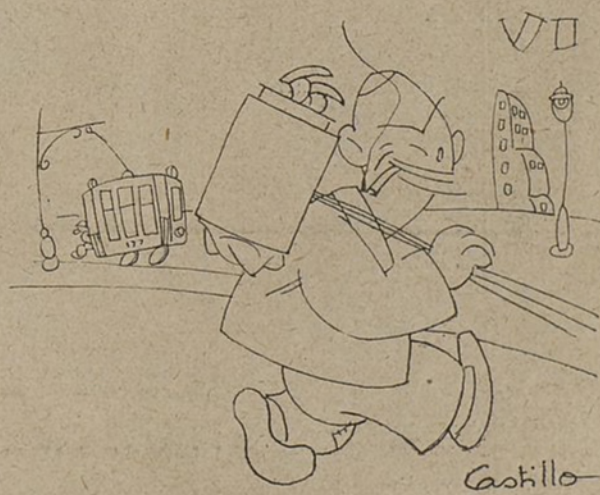
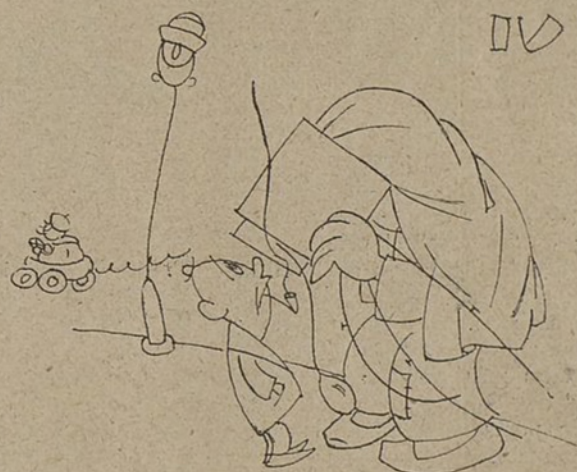
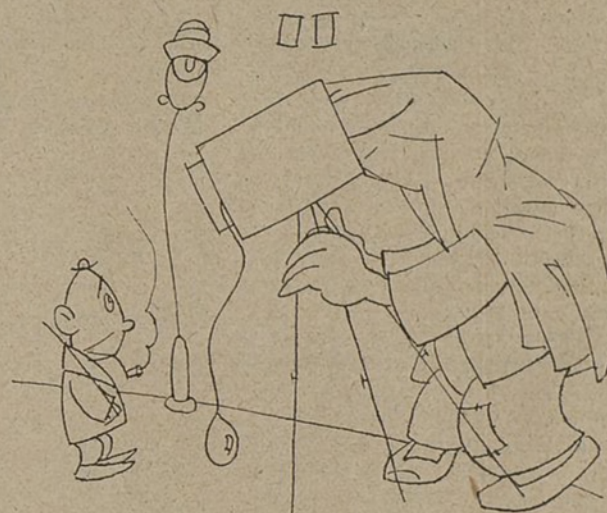
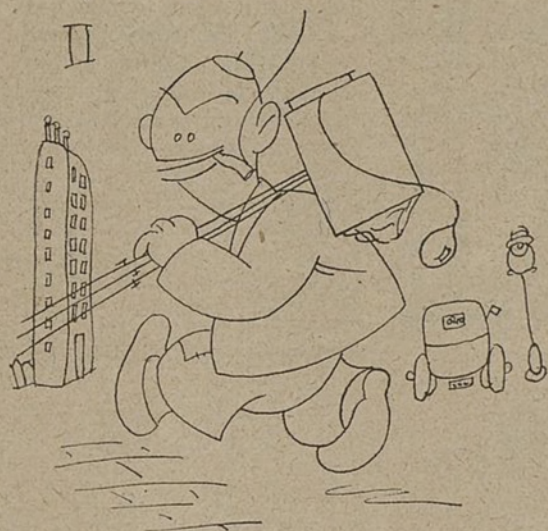
—No lo sé. Lo que me gustaría saber es lo que haría el Ministerio de Hacienda si tuviese mis ingresos.



Dib. RABÁ.—Madrid.



# ¡ CUIDADO CON ESOS FOTÓGRAFOS !



Castillo

Dib. CASTILLO.—Madrid.



# TEMAS FEMINISTAS

Además de "oficiales" de Correos o Hacienda que dan a luz, ya tenemos "barberos" con faldas

Aborrezco la "Guillete". Conmigo, con mi barba, no reza la acerada hoja que tantos y tan incondicionales devotos tiene. Soy demasiado cómodo y me gusta, aunque mi enfermizo boisillo se resienta sensiblemente, ir a la barbería. Los diez o quince minutos que tardaría yo en afeitarme en casa, prefiero entregarlos al inmenso deleite que supone en estas crudas mañanas de invierno estarse un poquito más en la cama. Además de cómodo y dormilón, o mejor dicho, ante todo y sobre todo, soy un amante de la tradición, y creo que ésta, más que en institución alguna, se encierra en la barbería. ¡Qué rancio y típico sabor tienen estos establecimientos! ¡Qué deliciosamente vulgar es ese rato de tertulia entre peluqueros y parroquianos! En los tiempos que corren, es la barbería uno de los poquísimos sitios en donde el ciudadano se puede permitir el lujo—sin par capricho de los españoles—de hablar de política y de políticos; de "soltarse" el pelo...

Los que no figuramos en las listas de algún casino, tenemos el nuestro en la barbería. Allí comentamos y discutimos los acontecimientos trascendentales más recientes: el último "mitin" de "Cagancho", la última revolución portuguesa, la última hazaña de Zamora.

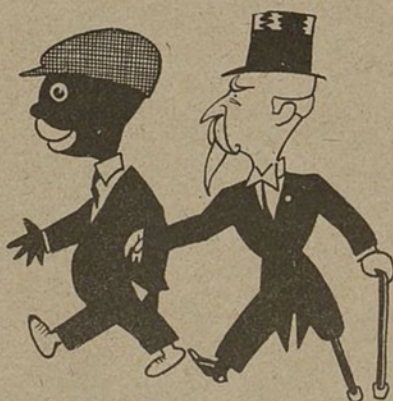
¡Salve la barbería!

\*\*\*

El movimiento triunfante y arrollador del feminismo, que cada vez va abarcando nuevas actividades, se ha apuntado un tanto más. Hasta ahora había señoritas "taquimecas", señoritas abogados, señoritas médicos... Hay—esto es un adelanto y no pequeño—"oficiales" de Correos o de Hacienda—y si no lo creen lean "La Gaceta"—que disfrutan de permisos para dar a luz.

Desde hace pocos días tenemos—por lo menos aquí, en Madrid—"barberos" con faldas. Sí, lector, me explicaré.

La otra tarde marchaba yo por la calle de la Montera—una de las pocas vías cortesanas que no había re-



—¡Señores, qué difícil! ¡Me he visto "negro" para ponerle "pie" a este dibujo!

Dib. MONTESINOS.—Buenos Aires.

**OROCREMA**  
**ALMENDRAS**

EL JABÓN POPULAR  
EMBELLECE LA PIEL



**LOS**  
**PERFUMES**  
**DE TASARA**  
**BADALONA**

cibido los tintes cosmopolitas—y en una mirada fugaz pude leer una muestra que pendía de un balcón. Decía así: "Peluquería de caballeros, servida por señoritas".

Confieso que de primeras, un poco atolondrado ante la novedad, embargó mi ser una alegría infinita. Pensé en la dulce mirada de unos ojos azules, en una boquita pintada "a lo corazón" que me diría amable: "¿qué le hago a usted, caballero...?" Pensé en que no me sobarían el rostro las peludas manos de Manolo, el oficial que ahora me "tortura"; en que unas femeninas, suaves y nacaradas me acariciarían. Y pensé en los miles y miles de encantos que ofrece el trato de una mujer bonita, ya sea barbero o zurcidora... Pero también, ya repuesto de mi sorpresa, pasaron por mi imaginación los inconvenientes que traerá consigo el triunfo de las peluqueras. Desde luego, la tradición queda rota, el "casino" se termina, y con él todos los temas que constituían las conversaciones "barberianas".

Cómo decirle a una damisela: ¿Qué le ha parecido el triunfo de Briand en la Conferencia del Desarme?, o ¿Qué me dice usted del faénón que hizo "Cagancho" con la izquierda?, o ¿Cuál es su equipo favorito?

En lo sucesivo, si se establecen las peluquerías servidas por señoritas, cuando nos entreguemos a manos de éstas—so pena de que, aburridas, no den un tajo—tendremos que decirles: ¿Ha visto usted el sombrero marrón con cerezas que saca Celia Gámez en la última obra de Romea? ¿Qué le gusta a usted más, la falda larga o la falda corta? Desde luego, tendremos que hablarlas de tonterías, excluyendo de entre éstas, el amor. Nada de flirteos, de atrevimientos.

Porque siendo guasona la "barbera" nos tomaría el pelo—espiritual, además de materialmente—; siendo formalita, nos dejaría a medio afeitarse, y siendo fácil, nos costaría cada servicio unos cuantos duros.

Nada, lector. No hay que ablandarse con las señoritas peluqueras: una cara muy seria y un cuproníquel de propina.

ALFREDO PORTOLES



# una interviú

## CUENTO

### ANECDÓTICO



—Coja usted toa esta calle adelante, hasta da con una plazueletilla que tiene toa la jechura de un bacalao; métese usted por er callejón de la izquierda; arregüerva usted asín a la derecha; tiré usted, por la primera bocacalle no, por la segunda, y to seguí hasta topá con el muro; allí tuerse usted a la izquierda, se cuela usted en la iglesia, sale usted por la puerta de atrás, sigue usted por la barruedela to seguí, y asín, a la güerta, en er número tré, vive señó Manuel Zambrano. No tiene pierde.

—Muchas gracias.

—Vaya usted con Dió, amigo.

Cogí, me metí, revolví, tiré, topé, torcí, me colé, salí, seguí y di por fin con la casa número tres, donde un zapatero remendón, que ejercía su oficio en el zaguán instalado, me dió nuevas señas:

—Entra usted en er patio; sube usted por la escalerilla de aquí de este costao. V ar llegá ar primer rellano sigue usted pa la izquierda; tuerse usted por er corredó de la derecha; toma usted escalera arriba, hasta er tersé piso, y sigüe usted por er pasillo adelante—allí hay otro zapatero; no haga usted caso de él, que es un mal age—; se mete usted por la izquierda, hasta da con la baranda del otro patio, y allí verá usted la escalera der palomá; suba usted, y antes de llegá a la última asotea hay asín como un salón con er techo jundío; entre usted, y en to lo jondo verá usted una puertesilla que tiene una estampa del Espartero en to lo arto. Allí llama usted, que allí vive señó Manué Zambrano. Es lo mejor de la casa, porque no hay humedad.

—Muchas gracias.

—No hay de qué, amigo. Vaya usted con Dió.

Entré, subí, llegué, seguí, torcí, tomé, me metí, di, vi y llamé.

—¿Quién?

—Gente de paz. ¿Vive aquí el señor Manuel Zambrano?

—Pase usted, amigo.

—Buenas tardes.

—Venga usted con Dió. ¿Qué se ofrese?

—Pues aquí venía a...

Señor Manuel Zambrano, que estaba encaramado en una escalerilla y mirando por un ventanuco del que pendía una cuerda, apenas se volvió a mí y me dijo:

—¡Chits!...

—¿Qué pasa?

—Jaga usted er favó de hablá por lo bajín, que está pa colá.

—¿Que está para colar qué?

—¿Qué va a ser, cristiano? Una paloma. ¡Ya está!

Tiró de la cuerda, sonó allá en lo alto un tableteo y descendió de la escalera diciendo:

—¡Cayó colín!

—¿Qué ha sido ello?

—Poco tiene que entendé. Yo tengo allá, en er tejao, un palomá con trampa; jalando de esta cuerda que usted ve, se cierra la puerta de una jaula y yo aquí me paso la vía esperando que un palomo ladrón que tengo se traiga engolosiná a una paloma del barrio a su casa, y en cuanti entra, jalo, cierro, subo, la cojo y la vendo. ¡Hay que ingeniarse, que tiene ya uno mu duros los güesos pa er trabajo! Continá que yo no he trabajao nunca, y no tendría gracia que me echara ahora a los arbañiles pa er

poco tiempo que me quea de está en este pajolero mundo.

—¿Y caen palomas todos los días?

—Como las hembras son débiles, ¿sabe usted?, y como er palomo que yo tengo es un Don Juan Tenorio mar comparao, pues tós los días caen dos o tres infelises.

—¿Y vive usted de eso?

—Peó es viví de otras cosas, compadre.

—Pues yo venía a haserle a usted una interviú.

—¿Y eso qué es?

—Pues eso es que yo voy a preguntarle a usted unas cosillas; va usted a contestarme como buenamente pueda, y yo voy a publicar su contestación en un periódico, porque de eso vivo.

—¿Ve usted como es peó viví de otras cosas?

—Tiene usted razón.

—Pues ya está usted preguntando lo que sea y yo contestando, que no hay hombre sin hombre y tenemos que ayudarnos unos a otros, jinojo. ¡Hoy por ti y mañana por mí!

—Muchas gracias.

—Sin gracia ni ná. Venga de ahí.

—Vamos a ver: usted fué un “cantaó” flamenco de nombradía, ¿no es así?

—Fuí gente en eso, sí, señó. Y toavía, si yo quisiera...

—¿A pesar de los años?

—¿Qué habla usted de años, mosito? Er cante jondo no tié na que ve con la vo. Podrá está uno ronco y cascao, porque los años minan mucho; pero el estilo, que es lo que vale, ese no se pierde nunca. Er sentimiento no sale de la garganta; ¡sale der corazón!



—¡Olé!

—Na de olé, que le hablo a usted en serio. Yo siempre he sido un cantaó serio.

—Cantaba usted malagueñas, “siguirillas”, fandanguillos...

—¡Arto ahí! Eso de los fandanguillos es una chufia que han puesto de moda cuatro malages. Eso ni es flamenco, ni es serio, ni es na.

—Me deja usted boquiabierto, señor Manuel.

—¿Y qué culpa tengo yo de que no sepa usted na de na? Los fandanguillos, señó, son unas coplas que se cantan a coro en los campos de Güerva, y así es como están en su punto y en su propia sarsa.

—Sí, sí; no sabía...

—Tampoco hay que quitarles er mérito; eso es aparte; pero donde está la serieá de una seguirilla...

—¿Eso es lo mejor, no?

—¿Pero es que viene usted a chufearse con un servidó? Pues le árvier-to a usted que viene usted desquívoca.

—No, señor, no; pregunto, porque lo ignoro, si la seguidilla gitana es lo mejor del cante.

—Pos si lo pregunta usted sin cáscara, sepa usted que la seguirilla es la fló y la espuma y nonplú, y eche usted hasta que rebose, compañerito. ¡Eso es cante serio!

—¿Y las saetas?

—Mu bonitas, compadre; las de mis tiempos digo. Estas que se cantan ahora no son saetas.

—¿Ah, no?

—Las saetas puras son unas coplas sencillas, fáciles, sin complicaciones, ni adornos, ni duendes, ni jipíos, ni pampinas, ni na, propias pa que las cante to er mundo, señó. Son... oraciones cantás.

—Entonces...

—Lo que pasa es que cuatro flamencos sirlachones se salieron cantándolas por seguirillas, o por marti-

netes, o por granainas... ¡Y eso es una irreligión, caballero! ¿Está bonito cantarle flamenco a un Cristo enclavao? ¡Yo no sé pa qué va la Guardia civil a la vera de los pasos!! Lo mismo ocurre con las letras. Antes, toas eran asín por el estilo:

“Míralo por dónde viene  
el mejor de los nasíos,  
con un maero en el hombro  
y el rostro descolorío...”

¡Ni más na, ni na! ¿La entiende usted?

—Hombre, sí. Poco tiene que entender.

—Pos a ve si entiende usted lo que quiere desí una saeta de estas que se cantan ahora. Fíjese usted, y a ve si le saca la simificación. Atienda usted:

“Golondrina, golondrina,  
relicario de doló,  
carita de pesaúmbre,  
sagrario de Salomón.  
Y como eres padre de alma  
y ministro de Cristo,  
tronco de nuestra Madre Iglesia  
[Santa  
y árbol del Paraíso.”

—¡Jesús!

—¡Jesú y María y José, compadre! ¡Valiente lío! ¿Eso es serio?

—No, señor.

—Pos añídale usted un gorgorito en ca palabra, tres jipíos y cuatro ayayay en ca tersio, y mire usted la cara que pone er cantaó cuando está cantando semejante endivinanza, y cómo se tuerse y se retuerse de doló, que dan ganas de pegarle un tiro pa que no sufra má.

—De acuerdo, señor Manuel. Y vamos a dar fin a esta interviú si me cuenta usted alguna anécdota suya.

—¿Qué es eso?

—Alguna cosa que le haya sucedido a usted y que merezca contarse.

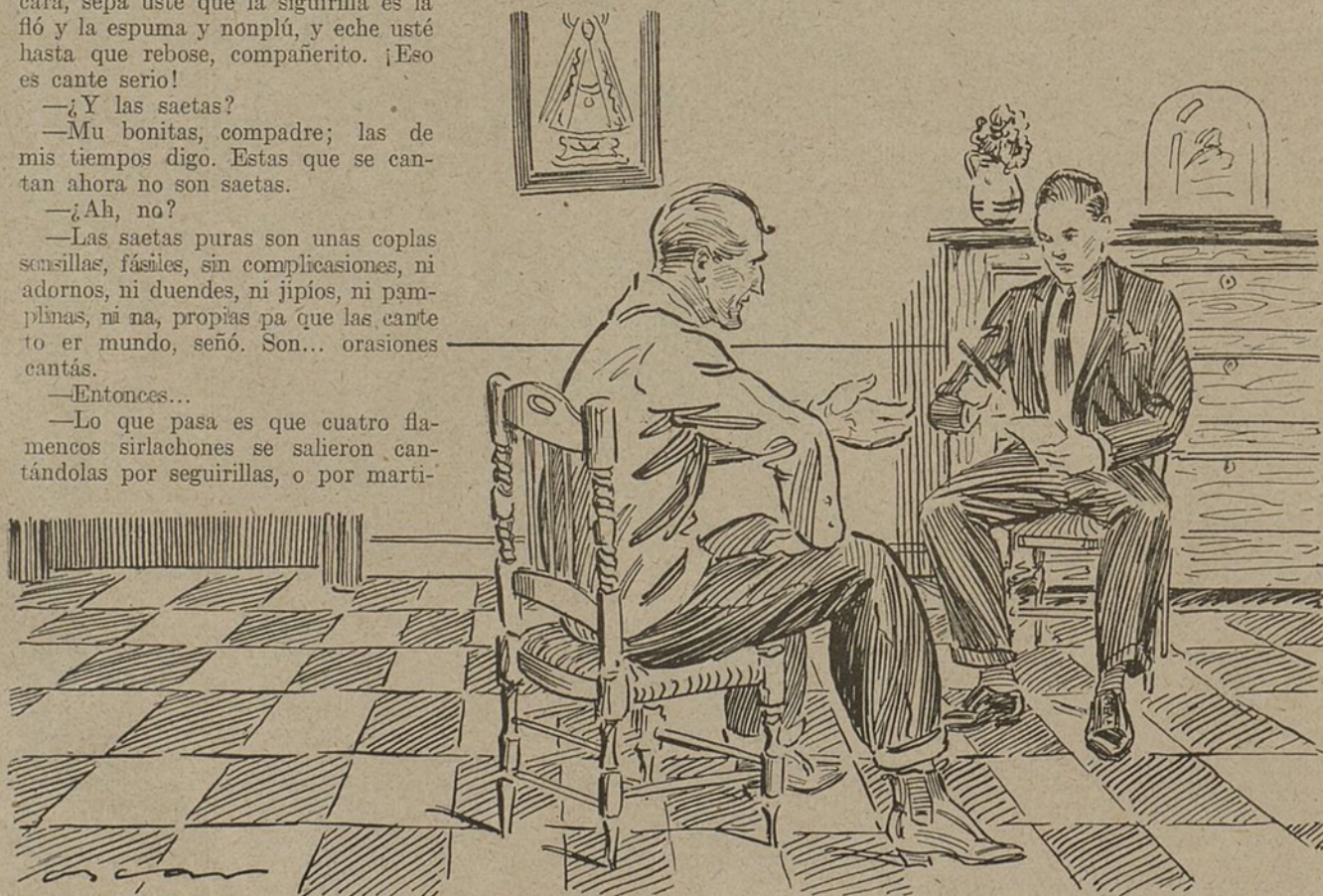
—Pues no sé... ¡Ah, sí! Esta Semana Santa...

—Venga de ahí.

—Estaba yo en la esquina e la botica e la Campana viendo pasá er paso der Prendimiento sin meterme con naide, cuando se asercó a mí una trinca de señoritos que to se la gorvía dá güertas y más güertas arreó mía, disiendo:

—¡Que es señó Manué Zambrano!

—¡Que no es señó Manué Zambrano!







—¿Cuánto va a que es Zambrano?  
Hasta que yo, cansao de jamá par-  
tía y no fuera a sé pitorreo, me plan-  
té y dije:

—Señó Manué Zambrano soy. ¿Qué  
queréis ustede con señó Manué Zam-  
brano?

—Hombre, na—fué y me dijo uno—,  
y mucho gusto en conoserle. Pero ya  
que viene a mano, ¿quiere usté can-  
tarle, por lo que sea, una saetita ar  
paso der Cristo?

—Caballero—le dije yo—, las saetas  
no se pagan con na, y yo no las he  
cantao nunca por dinero, sino por de-  
vosi6n. Continás que si yo me arran-  
co con una, no le va a gustá a ustede,  
porque yo soy un cantao serio y no  
canto más que las antiguas.

—Aunque así sea, amigo, que usté  
ha sío el emperao der cante, y er que  
tuvo y retuvo... ¡Arránquese usté!

Yo, que soy muy largo y vi que to  
aquello era guasa y que se querian  
quedá conmigo, fi y pensé: "Aquí  
hay que quedarse con ellos", y fi y  
les dije:

—Está bien. Y como no me gusta  
sé roga6, ya mismito.

—¡Olé ahí!—me dijo uno, dándo-  
me un abrazo con muchísimo malage.

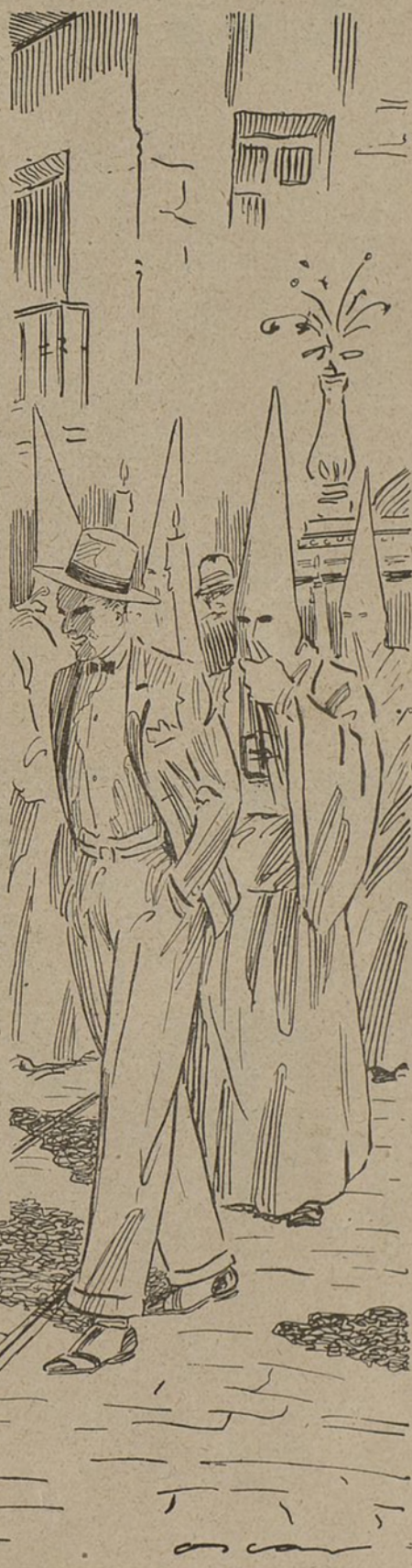
—Gueno, señores—dije yo—; pero,  
presupuesto que yo soy un cantao  
serio, no les extrañará a ustede que  
aunque voy a cantá una saeta, por  
ser ustede quien seis, les arvierta a  
ustede que como hase mucho tiempo  
que no las canto, no me acuerdo aho-  
ra de ninguna letra; de modo que  
si arguno de ustede me va disiendo  
la copla, yo la iré cantando. Pero  
que sea seria, ¿eh?

—Hombre, más seria que un ajo—  
me dijo uno—. Vaya usté cantando  
ésta:

"Ya lo llevan, ya lo traen,  
a ese Cordero Divino..."

—¿Ve usté?—dije yo—. ¡Eso no  
es serio! O lo llevan, o lo traen. ¡No  
la canto!

PEDRO PEREZ FERNANDEZ





# Los niños perdidos

Van pasando de moda, ¡oh, ciudadanos!,  
los desaparecidos.  
Hace tiempo no hay pájaros humanos  
que falten de sus nidos.  
Las tres niñas de marras, cuyo caso  
nos pareció un camelo,  
y pasaron un lustro (un lustro escaso)  
tomándonos el pelo,  
no tienen compañeros, pues no siguen  
las desapariciones.  
Los niños no se van, y así consiguen  
no darnos desazones.  
¿Tenían los papás la culpa de ello?  
¡Ya nadie se descuida!...  
Hoy, quizá, más bien sea el sexo bello  
el propenso a la huida.  
¡Quién hallara una nena (ya criada)  
que en el mundo estuviera  
perseguida, doliente y secuestrada!...  
¡Oh, quién la descubriera!...  
Los padres, por si acaso se repiten  
las fugas de los críos,  
ni siquiera a los suyos les permiten  
que vayan con sus tíos,  
y sólo con cadenas enojosas

de eslabonados hierros  
les sacan a la calle a hacer sus cosas,  
lo mismo que a los perros,  
sin perjuicio de que al adolescente,  
en edad aún temprana  
le permitan hacer, pues ya es corriente,  
lo que le dé la gana.  
Los tres de una vecina me ensordecen  
rabiando todo el día...  
¡y esos sí que jamás desaparecen,  
por desventura mía!  
En fin, si vuelve la aludida *racha*,  
puede que, en forma extensa,  
tratando de los que aún requieren chacha  
diga un día la Prensa:  
"Ayer tarde Gamero, Zahonero,  
Luceño y Valeriano  
emprendieron Dios sabe qué sendero  
cogidos de la mano,  
y quizá, como puede que hayan ido  
en busca de aventuras,  
tarden algo en volver al casto nido...  
¡las pobres criaturas!"

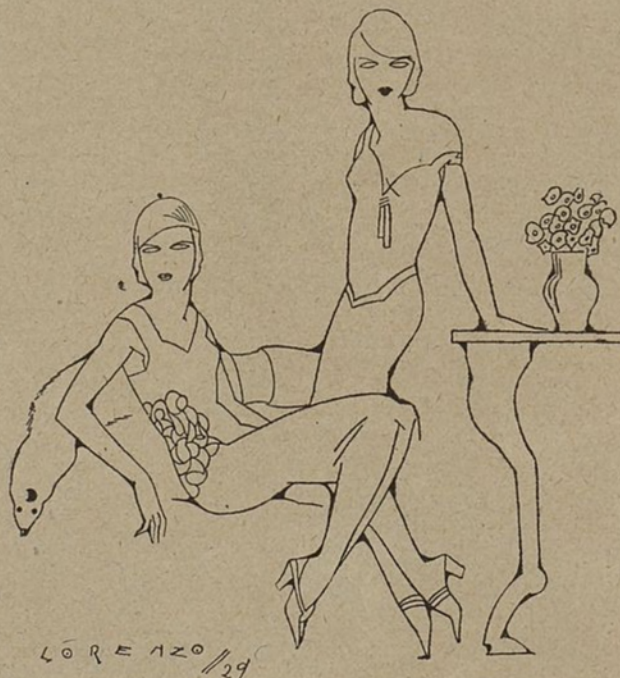
JUAN PEREZ ZUÑIGA



—Vamos, niño, ¿qué se le dice a un señor que te ha  
dado cinco céntimos?

—¡Tío roñoso!!

Dib. ERCUEL.—Madrid.



—¿Te acuerdas del nombre del hotel en que estuvis-  
teis en París?

—No, no me acuerdo; pero ahora te lo diré, porque  
está puesto en las toallas.

Dib. LORENZO.—Madrid.



# UNA SALIDA

Los más firmes puntales de aquella tertulia del café de las Salesas los constituían Pedro Balduquete y Andrés Legajillo, oficiales en la escribanía de una de las figuras más famosas del Foro y el frontón Jai-Alai. Asiduos concurrentes, no faltaban un solo día a la consuetudinaria reunión de los cincuenta amigos, y como tales socios de la gran "peña" eran considerados por el camarero como corresponde a personas de calidad y que no tienen achaques reumáticos.

Pero, hermanos de profesión y guardándose mutuo afecto, no podían dominar sus respectivas pasiones cuando rememoraban los tiempos en que sirvieron en distintas relatorias, pues cada cual se adjudicaba mayor importancia a la suya, y eran de ver y oír los distintos pleitos y causas que salían a la luz pública en abono de sus diversas opiniones, peleas que se interrumpían a la hora de cerrar el café para ser continuadas en la primera ocasión, viniera a pelo o con hongo.

Un día la polémica alcanzó caracteres, si no precisamente de tragedia, sí por lo menos de reunión de damas catequistas. Comenzaba Balduquete a explicar por milésima vez a sus contertulios la causa más célebre en que interviniera y el origen de los calamares en su tinta—nombre que atribuyen algunos a que, cuando el Creador se encontró con aquel familiar del pulpo y le envió a poblar el Océano, al ver que se hacía el distraído, le gritó enfadado: "¡Te he dicho que fuera de aquí, de la tierra! ¡C'a-lamar que te vayas!", por lo que no tuvo más remedio que marcharse sudando tinta—, cuando, indignado Legajillo, creyóse obligado a interrumpirle, exclamando:

—A pesar de cuanto usted dice, eso no tiene, ni con mucho, la importancia del proceso instruido por mí, y que voy a referirles ahora mismo.

El interrumpido, más quemado que Novedades, se vió en la necesidad de ceder la palabra a su rival, quien, luego de toser, sorber parte del café de un amigo y guardarse la cucharilla de un enemigo, comenzó de esta manera:

—Una vez que hayan escuchado mis palabras, me dirán si es o no importantísimo el suceso que me ocupa:

Imagínense a un grande de España, casado, que, por capricho o verdadera pasión, pues no ha llegado a descubrirse, como tampoco se ha descubierto todavía para qué sirve la cédula, entabla relaciones con una princesa rusa venida a menos, que estaba de temporada en Deauville y de temporera en Aduanas. Este amor llega a oídos del príncipe Danilo, su esposo, el cual, al enterarse, se queda todo lo moscovita que corresponde a un hijo de la Rusia blanca.

Pronto se dispone a maquinarse, con la ayuda de un maquinista del cruce-ro "Canalejas", un plan de venganza mucho más cruento que los tormentos chinos o una audición de tangos criollos.

Al efecto, convencido de la infidelidad de su mujer, finge un largo viaje en zancos por los Dardanelos, San Francisco de California y La Navata, y cuando cree llegado el momento oportuno se presenta una noche en su palacio, como este trabajo en la



- ¿Quiere usted casarse conmigo?
- Dígaselo a mamá.
- No, porque se lo podría creer.

Dib. Bosch.—Barcelona.



Redacción de BUEN HUMOR: espontáneamente y sin previo aviso, con ánimo de sorprender a los adúlteros. En una de las avenidas del jardín se encuentra a uno que supone criado suyo, a quien pregunta:

—¿Dónde está la princesa?...

—En la calle de Tamayo—contesta sin vacilar el interrogado.

—¡Imbécil! Me refiero a la princesa Olga Zana, mi esposa. O, si no, ¿quién diablos eres tú que no te enteras de nada?

—El detective Alejo Olfateff, para servirle.

—¡Acabáramos! Eres policía; haberlo dicho antes. ¿Y qué haces por aquí?

—Nada. Estaba dando un paseo por el parque.

—Pues a pasear te vas al parque del Oeste, pero no al de éste—terminó, señalando para sí.

Indignado ante aquel intempestivo fracaso, el príncipe Danilo, firme en sus torvos propósitos, se fué por langosta...

Pronunciadas las anteriores palabras, uno de los oyentes no pudo por menos de extrañarse:

—¡Hombre! Qué raro me parece en tales circunstancias que todo un príncipe se vaya a por langosta.

—¡Hagan el favor de no interrumpirme!

—¡Eh?—gritó Legajillo, más molesto que un anfiteatro de Apolo—. Decía que se fué por l'angosta verdadera que llevaba a las habitaciones traseras del palacio, donde entró al fin con más trabajo que en el Metro un día de toros, dirigiéndose seguidamente, sin vacilación alguna, a la estancia de su esposa.

Allí se le ofreció un cuadro vanguardista, que se lo ofrecen por seis reales y no lo quiere. La princesa, sentada a horcajadas sobre un piano de cola, estaba comiéndose, mano a mano con el caballero español, unas sopas de ajo acompañadas de buenos torreznos, y haciendo unos planes para durante el tiempo que durase la ausencia de Danilo, que ya quisieran planear igual los aviadores de Cuatro Vientos. Verlos de tal guisa, cenando tal guiso, fué, como los retratos del "photomaton", cosa de ocho minutos. Avanzó en guerrilla con la guerrera desabrochada y gritando con música del maestro Guerrero:

—¡Ah, miserable pérfida! ¡Y tú, Don Juan Tenorio en miniatura, vais a morir!...

—¡Qué es eso de Don Juan Tenorio en miniatura! ¿Olvidáis que soy grande de España?—prorrumpió el otro con arrogancia y rebañando con

una miga de pan la cazuela que ante sí tenía.

—En España seréis grande; pero aquí no medís más de metro y medio. Y ahora vais a morir los dos igual que la funda de mi almohada: sin puntilla.

Y dicho y hecho. Sacó de un bolsillo dos números de la "Revista de Occidente", varios bocadillos de a real, dos naranjadas y unos cuantos puros de treinta.

A la vista de aquellos terribles instrumentos de tortura, llenos de terror, los amantes no dudaron ya sobre la mala suerte que les aguardaba, y optaron por esperar sin más resistencia el desenlace de la tragedia o un tranvía del Obelisco.

Danilo, tranquilo como las aguas del estanque del Retiro, hizoles injerir cuanto llevara, al propio tiempo que leía en voz alta pasajes de las obras completas de Pérez de Ayala, por cuyos motivos, instantes después debatíanse sus víctimas en las convulsiones de una cruel agonía.

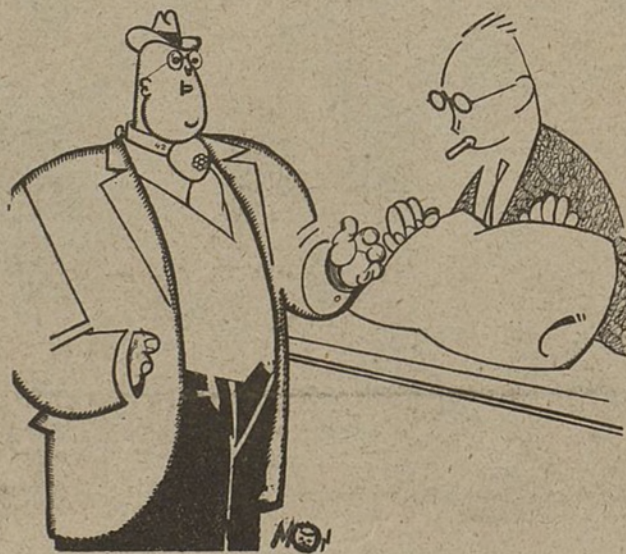
Luego, más sereno que Juan el de la Puerta del Sol, se entregó al descanso, y al otro día se entregó a las autoridades. Para confesar su delito hubo necesidad de acostarle, pues dijo que si no estaba echado en algún sitio, difícilmente podría "cantar de plano", cosa que todos encontraron muy razonable.

Este fué, a grandes rasgos, el proceso sensacionalísimo, que me parece habrá conmovido a ustedes. En él se emplearon 1.751 folios, y solamente las costas alcanzaron la suma de veinte mil duros.

El relato, efectivamente, produjo gran efecto en los circunstantes, y Balduquete vió perdido para siempre su prestigio judicial; pero hombre de innumerables recursos, encontró de repente en su imaginación una salida que le pareció airosa, y sin encomendarse a Dios ni al diablo se levantó airadamente, exclamando:

—¡Nada, hombre, nada!... Todo eso es una paparrucha, y usted no ha intervenido en nada sensacional; porque han de saber que para causas célebres, las de mi Juzgado; para pleitos grandes, los de mi Juzgado; para sentencias famosas, las de mi Juzgado; para resmas de papel, las de mi Juzgado, y para costas... Bueno, para costas... las de Levante; y se acabó...

ALFREDO FISCHER



—No comprendo cómo dice usted que son duras nuestras almohadillas, cuando utilizamos las mejores plumas.

—¡Las mejores plumas! Bueno; pero serán estilográficas.



# Las madres de la Patria

En una revista francesa, que editan y que escriben las señoras, hemos encontrado un artículo que nos ha hecho felices.

Se trata del artículo de fondo, y es un artículo, ¡pardiez!, que tiene fondo... ¡Caracoles si lo tiene!... ¡Ya lo creo!...

En la página de honor hay un encabezamiento en letras gordas que dice: "La mujer ante la política". Vienen varias informaciones y retratos: de Paula, de María Juana, de Susana; de otras varias... Paula nos instruye acerca de lo que ocurre al otro lado del Rin con motivo del Referéndum Hugenberg; Susana nos enseña la cabeza y el pie; la cabeza, en hueco (en huecograbado), nos hace saber que ha sido agraciada por la Naturaleza con unos ojos grandes, patilla rizada y dos cuellos: uno de carne y hueso y otro de seda blanca; el pie nos hace saber que ha sido agraciada con el cargo de vicepresidenta del partido radical y radical-socialista, y que se llama Susana Roberto-Schreiber... María Juana nos enterará de que el periódico en cuestión—*Minerva* lleva por mote—influye en la actualidad en millares de mujeres. Y presidiendo estas líneas y estas damas radicales y estos referendums y todo, un artículo sin firma, un editorial, una joya, el faro luminoso que habrá de proporcionarnos desde hoy, no diremos el alumbramiento, puesto que se trata de señoras, pero sí diremos la luz que nos mostrará en lo sucesivo la norma de nuestra conducta y de nuestra actitud con las señoras.

El artículo es un diálogo entre madre e hijo; pero no un diálogo cualquiera, sino un diálogo ejemplar: diálogo modelo. La madre es minervista, y el hijo... es hijo de su madre. Lo que hablen entre una y otro habrá de ser minervado. Por vez primera, lectores, vamos a poder instruirnos y ver en qué consiste un diálogo amoroso y hogareño entre una mujer moderna, cultivada, pensadora, bien al tanto de las crisis de la época, y un hijo digno de ella y de *Minerva*, su abuela.

Comienza hablando el hijo y diciendo a su madre:

—Mamita...

Ya nos gusta por sí solo este comienzo. No quita lo cortés a lo valiente... y no estorba a la cultura la ternura. Las gentes se figuran cuando menos que por ser una madre intelectual no va a poder hablar con su hijo tiernamente... ¿Por qué? Pues ¡claro!... ¿Por qué?... Lo mismo... Mejor, si cabe...

Lo que pasa es que los hijos de las madres que no saben de *Minerva*

suelen completar lo de "Mamita" con otras frases absurdas: "Dame cinco por un piruli"... "Cómprame una bici"... "Me faltan diez pa el cinini"... y otras varias superficialidades de esta clase... Eso suele ser lo ordinario.

En el hogar de *Minerva*, nada de eso; el niño dice: "Mamita", y añade a continuación (copiamos en francés, primeramente, para que no queden dudas):



—Primero voy a arreglarme la cabeza a casa de Robinoux, y luego voy a dar una vuelta, conduciendo mi auto.

—Pues si vas a conducir tú, más vale que no te arregles la cabeza hasta que vuelques.

Dib. Picó.—Madrid.



—*Mamita, je ne comprends pas ce qui se passe dans l'esprit du Président de la République.*

Lo cual, que en castellano viene a ser:

—No puedo comprender, mamita, qué le pasa al Presidente de la República.

¿Qué le pasa?, nos decimos; y seguimos prestando atención a las palabras del chico: El nos lo explica:

—Hay una crisis de mayorías. La mayoría derecha es débil; la izquierda, inexistente, y la del centro, nula.

¿Qué espera entonces el señor Doumergue y por qué no recurre a unas elecciones?"

... ¡Oh, prodigio!... ¿No se os ensancha el ánimo, lectores?... ¿No da gusto encontrar en un chiquillo, y entre una madre y un hijo, un diálogo tan cívico y solemne?... En el ánimo del Presidente de la República francesa no sabemos qué pasará; pero en nuestro ánimo, lectores, sí sabemos lo que pasa: el entusiasmo político y civil nos hinche, explota y exalta...

No digamos nada después, cuando la mamita contesta:

—*Mon pauvre cheri*—contesta la mamita—, te dejas llevar por los impulsos de la poca edad sin hacerte cargo de las razones que el jefe del Estado tiene para obrar; o, mejor dicho, para abstenerse de obrar... Por lo pronto, necesita el asentimiento del Senado..."

¿No te conmueves, lector? ¿No te sale del pecho la exclamación de "¡Su madre!..."? De fijo que nos permitirás, y hasta nos agradecerás, que demos más detalles, aunque sean dos o tres, de este diálogo inolvidable...

—A mí—dice el pequeño (porque es un pequeño el que habla con su madre: la mamita le llama *mon mignon*)—me subleva la idea de que tengamos a la fuerza que conservar durante cuatro años seguidos a los que nos gobiernan mal... Todo se resiente..."

—Es, chiquitín mío, que el diputado teme siempre al elector como teme a los exámenes el alumno que estudió poco..."

... Así sucesivamente... No hace falta citar más para que os miréis en ese espejo y procuréis, de aquí en lo sucesivo, fundar vuestro *menage* con arreglo a la pauta de esa *menagerie*; tomar para vuestro hogar esa pauta y ese ejemplo.



#### DESPUES DEL BANQUETE

—¿Y por qué limpiaste con tanto cuidado los cubiertos después de comer?

—Muy sencillo: para no mancharme los bolsillos.

Dib. HERR OTTO.

—¿Qué opinas, lucero—diréis a la novia y prometida en la época del noviazgo—, del Derecho canónico feudal en relación con la escuela de Manchester?...

—¡Ay, sangre de mis venas!—dirá ella—. La interpretación materialista de la historia está en pugna flagrante con la consuetudinaria.

—¿Defiendes, pichona mía, el libre cambio laborista?

—Contigo, todo, amor... No tengo suficiente fortaleza para el proteccionismo... La unión, los trade-unions, el cambio libre y hasta el libre cambio...

—Antes de darme un beso, di, gacela: ¿cómo educaremos a los niños, corderita, a lo Pestalozzi o a lo Herbart.

—Me miraré en sus ojos y les hablaré de Spencer...

—Enséñales a votar desde chiquitos.

—Descuida, corazón; las primeras palabras que pronuncien serán constitucionales...

Todo así... la pareja verdaderamente cívica moldeará su amor en troqueles sociológicos de mutua comprensión intelectual... Departirán los esposos de cuestiones profundas y serias; las madres cuidadosas no meterán a sus hijos, como antes, en un fanal, sino que los meterán en una urna, urna de colegio electoral, para que vayan aprendiendo...

Los hijos nacerán de tal manera ya no sólo hijos de la madre, sino de la patria asimismo, que el acto de nacer será, más bien que parto, escrutinio, porque ya saldrán los niños casi diputados. Todos los ciudadanos o ciudadanas de esta clase serán elegidos... elegidos por una o por otra provincia...

Y, sobre todo, que es lo grande y es lo decisivo y salvador; lo más enorme del mundo: ya no estarán nerviosas las mujeres; los millares de lectoras de *Minerva* estarán *minerviosas*... ¡Oh, delicia!... Al fin vendrá de las damas, no la generación, como ahora; sino la re-generación. Y es que, hoy por hoy, había padres de la patria solamente. Pero luego, si esto sigue, habrá también madres de la patria... Y hasta la patria será *matría*...

Matrimonio y patrimonio llegarán a ser, entonces, todo uno...

Una nueva Aurora—suscriptora de *Minerva*—se aproxima...

MANUEL ABRIL



# Información telegráfica de "Buen Humor"

## Noticias de provincias y del extranjero

**SUICIDIO FRUSTRADO.**—*Guadalajara, 8.*—Corre el rumor (de cuya autenticidad no nos da la gana de responder) de que un antiguo afiliado al partido de un célebre político, conocidísimo en ésta y famoso por lo mal que andaba cuando iba a pie, y por lo mal que anda ahora, vaya a pie o en coche, ha intentado suicidarse por no poder seguir soportando la cesantía que venía sufriendo desde el año 1923, en que fué separado de cierto Ministerio donde *no prestaba* sus servicios, pero los cobraba, que era más gracioso.

Se dice que el repetido afiliado al reiterado partido del célebre político de los susodichos andares dificultosos quiso arrojarle de cabeza a cierto río de estas inmediaciones, lo cual impidieron dos pescadores de caña (y de reuma) que había en la orilla.

Corre también el rumor de que no fué suicidarse lo que pretendía el desesperado sujeto, sino que le pareció ver flotando en las aguas una credencial de oficial primero de Hacienda, y, siguiendo la antigua costumbre del partido, se arrojó a ella como una fiera.

Y esto último es lo que debe de ser la *chipén*, porque casi ninguno de los afiliados al eminente político de marras se mata por no trabajar.

¡Ni por trabajar se mata tampoco!

**TROTSKY NO SE HA MUERTO TODAVIA.**—*Moscou, 8.*—A pesar del sinnúmero de veces que le han hecho agonizar los periódicos de Madrid, París, Londres y Sabadell, Trotsky continúa sin novedad en su importantísima salud. Ayer estuvo un poco acatarrado, todo hay que decirlo, pero escupió tres veces por el colmillo, y por la noche estaba más bueno que un plato de callos a la andaluza. La salud de Trotsky (que es formidable, pese a las tonterías macabras que se han dicho por ahí) se atribuye principalmente a que no ha consentido que le visite ningún médico. No hace excepción ni aun en favor de los médicos de su país, pues, según ha dicho al corresponsal de *Le Temps*, los rusos no sirven más que para evitar las pulmonías a la salida

del teatro, y eso si son de buena tela; que si no, tampoco.

El otro día, y también hablando de su salud, dijo en una conversación íntima que en el mundo solamente había un ser cuya vida estaba todavía más asegurada que la suya: y es el toro que le echen a Cagancho la primera tarde de la próxima temporada que le pille un poco nervioso.

**MISTERIOSA DESAPARICION.**—*Barcelona, 8.*—Un conocido comerciante de esta población acaba de denunciar a las autoridades la desaparición misteriosa de un magnífico abrigo de señora guarnecido de espléndidas pieles y valorado en seis mil pesetas, cuya prenda ha echado de menos sin que pueda explicarse la forma en que ha desaparecido.

Dijo, además, que dentro del abrigo iba su esposa, aunque esto último

únicamente lo participaba como detalle curioso, y por si ayudaba a encontrar la pista de la prenda.

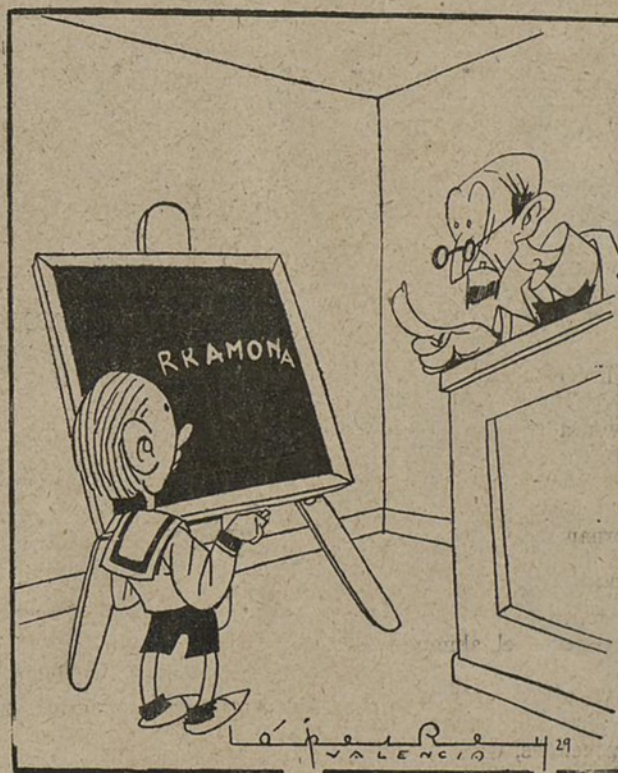
La Policía considera completamente perdidos al abrigo y a la señora.

Y nosotros opinamos lo mismo, sobre todo en el último punto.

Si alguno de ustedes ve por ahí a una señora de abrigo, procure enterarse de si es la que nos ocupa.

**RIVALIDAD DE DOS MORROCOTUDOS SABIOS.**—*Londres, 8.*—El doctor sir Harry Matee, el famoso competidor del ilustre bacteriólogo sir Webocks, acaba de descubrir el medio de acabar con la terrible enfermedad de la rabia sin necesidad de suero ninguno.

Ya saben ustedes que sir Webocks había intentado en vano hacer el mismo descubrimiento, por lo que, al enterarse de que Harry Matee lo ha con-



—Ahí sobra una "erre".  
—¿Cuál? La primera o la segunda.

Dib. LÓPEZ REY.—Valencia.



seguido, le ha dado una rabia tan grande que se encuentra enfermo.

Sin embargo, gentes bien enteradas afirman que a sir Webocks le ha dado rabia solamente para llevar la contraria a Harry Matee, demostrándole palmariamente que con la rabia no hay quien acabe.

¡Y lo peregrino del caso es que Harry Matee, al ver que le llevaban la contraria, se ha puesto rabioso también.

Y como suponemos que nuestros lectores opinarán que les den morcilla a los dos, que es el tratamiento más adecuado, renunciemos a tratar este asunto con más amplitud.

**ALUMBRAMIENTO FELIZ.**—*Carabanchel, 8.*—Ha dado a luz, con absoluta e inefable felicidad, un robustísimo y analfabeto niño, la distinguida esposa del probo empleado de la *Electra Madrileña* don Aristarco del Tronco.

Recogemos gustosos la noticia por tratarse del único alumbramiento bien hecho que ha podido registrarse en las Centrales eléctricas en estos últimos diez años.

**UNA BODA CASI TRAGICA.**—*Nantes, 8.*—Ayer se verificó en esta capital la boda de la bella señorita Ivette Deahy con el culto publicista M. Cochín Pichón, en circunstancias verdaderamente interesantes y dramáticas.

Empecemos por hacer constar que toda la buena sociedad de Nantes asistió a la ceremonia, pues los novios contaban con generales simpatías en la población; y además de sus innumerables amigos y admiradores, concurrieron a la boda los padres del novio, la madre de la novia y el ama de cría de la casa, con los dos hijos menores de los contrayentes.

Después de salir de la iglesia y de la alcaldía, se celebró el acostumbrado banquete, al que no asistieron los padres del novio por estar sometidos a un severo régimen vegetariano, ni los niños menores, por no ser aún tiempo de quitarles el pecho. A pesar de estas omisiones, sentáronse a la mesa cien comensales, presididos por la madre de Ivette (el padre era completamente desconocido en Nantes), con lo cual, y hablando en castellano vulgar, no tenemos más remedio que decir que en el banquete eran ciento y la madre...

Cuando más animación y confraternidad reinaban en la mesa, uno de los invitados, que había devorado dos pollos elegantísimos y seis platos de

judías del Barco, y que además presentaba síntomas indiscutibles de embriaguez, se levantó vacilante, y dirigiéndose a Cochín Pichón, le provocó gravemente a la vista de todos.

Esto, como es natural, produjo un formidable tumulto. Cochín le llamó *cochón* y le obsequió con una *chuleta*, que, después de lo que había comido, no tenía más remedio que hacerle mucho daño... El abofeteado dió su tarjeta al novio, y en el acto se concertó un lance en gravísimas condiciones, nombrando sus padrinos el provocador, y no teniendo necesidad el novio de molestarse en ello, porque él tenía ya sus padrinos (el padrino y la madrina) desde por la mañana.

¿Cuál era la causa de la insensata provocación del invitado?

Lo de siempre: el amor furibundo, los celos hidrófobos y la venganza fiera y premeditada. Ivette, cuya coquetería era proverbial, había tenido innumerables novios, unos de Nantes y otros de los pueblos inmediatos. El irascible invitado era uno de los adoradores de Nantes, y el de Nantes odiaba al de después, odio que estalló catastróficamente al convencerse de que Ivette se le había ido.

Afortunadamente, el duelo no llegó a verificarse porque el beodo provocador acabó por dormirse; y al día siguiente, al despertarse, no se acordaba de nada.

No obstante, de la impresión sufrida, Ivette y su esposo han tenido que guardar cama veinte días seguidos, incluyendo dos fiestas de guardar (de guardar cama también).

**TERRORIFICO SUCESO.**—*Mozambique, 8.*—El jueves pasado ocurrió un sensacional y estupefaciente

suceso en las inmediaciones de Tanganika, de cuyo suceso fué protagonista un negro que en sus mocedades perteneció a un esclarecido grupo de antropófagos africanos. Este negro, cuyo buen estómago acredita el suceso en cuestión, se merendó un poste del telégrafo de los instalados recientemente por los europeos en aquellos ámbitos. El enorme palo no le hizo el menor daño, se conoce que porque los palos, para que duelan, es preciso que se los den a uno, y que, en cambio, si uno se los toma, no hay de qué.

Detenido en plena digestión por un destacamento de tropas blancas, explicó su absurdo proceder diciendo que había querido suicidarse y que por eso había deglutido el magnífico poste.

El destacamento no comprendía, pero, por fin, pudo explicarse lo sucedido: el poste del telégrafo tenía en su base, pintadas, una calavera y dos tibias (el acreditado consejo de *no tocad, que la corriente es de aupa*), y el negro creyó que aquello, como en los frascos de sublimado, quería decir *¡veneno!*, e impulsado por su deseo de abandonar el planeta, se trajo el negro lo tomó, no hace más que largar telegramas sin darse un momento de reposo...

Pero lo raro del suceso viene ahora... Unos médicos que, por desgracia, acompañaban al destacamento, estimaron de oportunidad administrar un purgante al desdichado, y, desde que el negro lo tomó, no hace más que largar telegramas sin darse un momento de reposo...

Nosotros no tendríamos valor para recibir ninguno de esos despachos, ¡la verdad!...

*Por la inserción de los telegramas,*

ERNESTO POLO



—¡Manos arriba, mientras cojo los cartuchos, que están en la cómoda!

(De The Humorist.)



# DEL BUEN HUMOR AJENO

EL FESTÍN DE BALTASAR, POR ANDRÉS MIRABEAU

Olivier ejerce una profesión liberal; es decir, que gana poco. Está casado, además, con una mujer a quien ama, lo cual quiere decir que no es rica. En una palabra: que el matrimonio no se arriesga a hacer el más pequeño gasto extraordinario sin antes calcular bien si aquello no traerá complicaciones a fin de mes.

Y es que Olivier y María están convencidos de que se morirían de vergüenza si llegara el caso de que no tuvieran dinero para pagar una cuenta o el recibo del casero. Son dos seres encantadores, pero prudentes. No todo el mundo nace especulador.

Por eso, apenas cobra Olivier se hace una distribución metódica de los ingresos. Tanto para la casa, tanto para vestir, tanto para comer. Y hay una caja para cigaros y otra para medias de seda. Hasta hay previsto un presupuesto para imprevistos. Todo admirablemente distribuido en sobres, en los que se lee en lápiz azul: *Buitre* (el casero, naturalmente), *Vejez*, *Pan nuestro de cada día*, *No tengo qué ponerme...* Porque se puede ser muy ordenado y dejar un margen a la fantasía.

He dicho que Olivier está enamorado de su mujer. Nunca se siente tan feliz como cuando puede ofrecer a María un sombrero nuevo o una alhaja. Por eso tiende a favorecer la caja *No tengo qué ponerme* a costa de la caja *Humo*, por ejemplo; y como su profesión liberal parece producirle algo más que en estos últimos tiempos, propone destinar un pequeño suplemento a la caja *No tengo qué ponerme*. Pero María mueve su cabecita, y con ojos que sonríen:

—¡No! ¡Tengo unas ganas!... Pero es una locura.

—Me asustas.

—Quisiera... comer una vez en un restaurante de lujo.

Olivier comprende perfectamente. También ha sentido más de una vez la tentación de respirar la atmósfera embriagadora de un gran restaurante. La llegada en auto, la servidumbre que gira en torno de uno, aguardando órdenes; el "menú" de platos complicados y desconocidos, el "champagne" servido en hielo, el salón iluminado, la multitud brillante, la propina excesiva... Todo ello es tentador. ¡Por una vez!

Olivier acepta. María aplaude entusiasmada. Y se acuerda la creación de una caja suplementaria: *Baltasar*. ¿No va a ser un festín? Pero la cena, en este caso, es lo de menos. Lo principal son las cosas accesorias. María habrá de llevar un vestido del que no tenga que avergonzarse al verse observada por la gente. Olivier tendrá que hacerse también un traje de "smoking".

Olivier y María han hecho prodigios. Han reducido al mínimo la caja *Humo*, han abandonado casi la de *Vejez*, y se han olvidado por completo de la de *Baños de Mar*. A pesar de eso, ha sido necesario que pase casi un año antes de que *Baltasar* esté a punto. En este tiempo, ¡qué de platos elegidos y de restaurantes! Hasta que un día...

Ya es un hecho. Los billetes se amontonan en la caja *Baltasar*. María tiene un traje elegantísimo. Olivier, un "smoking" de corte irreprochable.

Llega la noche memorable. María, de ordinario tan sencilla, hace una entrada de gran señora; Olivier pasea sobre la concurrencia una mirada arrogante. Yo me atrevería a jurar, sin embargo, que aquello oculta alguna timidez. La prueba es que han elegido una mesa algo apartada.

El "menú". Hay *homard a l'américaine*, *zucchetti*, *conrnets de jambón*

*a la russe*, *dindonneaux*, *truffés en géglée*... No está mal. El *maitre d'hotel* se acerca con su sonrisa insolente y obsequiosa.

—Va usted a servirnos—dice Olivier, con fingida desenvoltura.

Pero la sorpresa del *maitre d'hotel* desaparece.

—¡Ah, Olivier! ¡Usted aquí, mi buen amigo!

—¡Oh!—exclama Olivier, que ha levantado la cabeza—. ¡Bibodin!

Y volviéndose a María, le dice:

—Es Bibodin; ya me has oído hablar de él. ¡Cuánto me alegro de encontrarte!

¡Bibodin! ¡Ya lo creo que María lo conoce! Olivier le ha salvado la vida en un naufragio, a costa de la suya. Ha oído contar la historia muchas veces.

—Esperen un momento; los voy a atender yo mismo.

Los deja solos un momento. Y entonces advierten que todo el mundo los mira, cuando hubiesen querido pasar inadvertidos. De lejos, Bibodin les sonríe de cuando en cuando. Al tornar junto a ellos, reanuda sus relatos del naufragio.

—¿Recuerdas aquel día? De buena escapamos.

Olivier y María tienen la impresión de hallarse en familia. Es encantador, ciertamente; pero no es esa la sensación que han ido a buscar allí... Y aunque se alegran de haber encontrado a Bibodin, miran con envidia a un mozo de aspecto antipático que en otra mesa cercana amota los platos que encarga una pareja.

—No se preocupen—dice Bibodin—, que no les voy a dejar comer porque rías. Nada de langosta a la americana, timbal Robespierre, pechuga de ave, salsas indigestas!... Nada de eso. Les voy a hacer un "menú" casero: sopa de ajo, merluza frita, tortilla de patatas, queso y fruta.

—¡Eh! ¿Qué dices?—exclaman a la vez Olivier y María.

—Cosas sanas; ya lo veis. Les saldrá algo más caro, porque en estos sitios esos platos sencillos hay que hacerlos; pero quedarán contentos. ¡Qué suerte tienen con haberme encontrado! ¡Gracias a mí van a tener un verdadero festín de Baltasar!

P. L. M.



El comisario.—¿Cuál es vuestra profesión?

El arrestado.—Acróbata.

El comisario.—¡Sargento! Atranque bien la ventana.

(De Gwaikoku Mangwa, Tokio.)



# EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO



Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente *al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte*, aunque al publicarse los trabajos no conste el nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre, indíquese: "Para el Concurso de chistes". Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios. ¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

**A M A D O R**  
FOTOGRAFO  
PUERTA DEL SOL, 13

En una casa de baños:  
—¡Mozo! ¡Mozo!  
—¿Qué quiere usted, señorito?  
—¿Sabe usted dónde están mis pantalones?  
El criado busca en todas partes, y no encontrándolos le dice al parroquiano:  
—¡Pero está usted seguro de que al entrar los llevaba puestos?

Benito Núñez (Madrid).

Un aldeano se presenta en una casa de baños públicos y pregunta:

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha sido declarado desierto.

**TAPAS** para encuadernar colecciones  
semestrales de

## BUEN HUMOR

se venden en la Administración de dicho semanario al precio de 3 pesetas una.

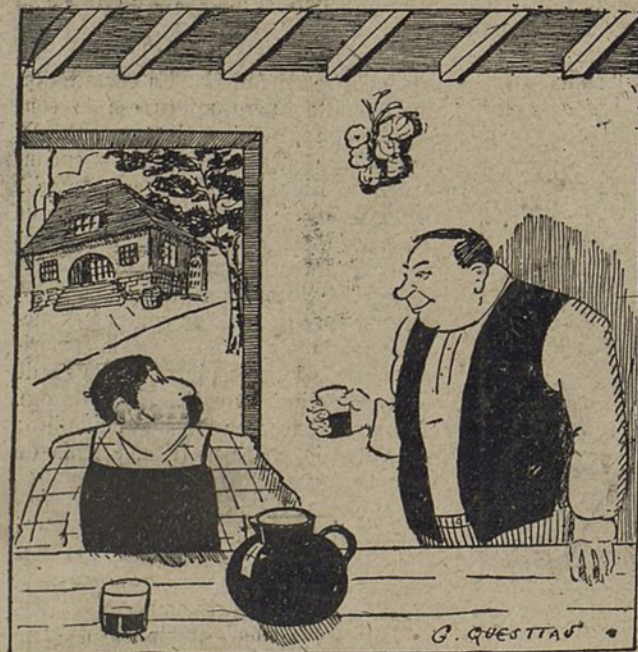
Se remiten certificadas si al enviar el importe acompañan 0,30 pts.

—Juanito, ¿por qué no viniste ayer al colegio?  
—Porque de madrugada se murió mi padre.  
—Bueno, que pase por hoy, pero procura que esto no se vuelva a repetir.  
Manuel Carbajosa (León).

En la peluquería:  
Después que el peluquero ha dado una cortada a un cliente, éste le dice indignado:  
—Esto no quedará así.

—No, señor; eso luego se hincha.  
José Ardanny (Madrid).

Entre amigas sesentonas:  
—¿Verdad que con el pijama y el pelo cortado no parezco una señora de edad?—dice una.  
—Al contrario—contesta la



DESPUES DE LA VENDIMIA

—¿Cómo encuentras mi vino?  
—¡La boca se me hace agua!

(De Le Rire.)

—¿Podrían servirme un baño?  
—Tendrá usted que esperar, porque están todos ocupados—le contesta la encargada.  
—¿Pues cuántos hay?  
—Catorce.  
—¿Qué! ¿Tantos se van a casar mañana?...  
Tatita (Pamplona).

En la barbería de un pueblo:  
Pasó un forastero a afeitarse, y al estar bafiándole la cara vió con asombro que el barbero escupía en la brocha, y, en carándose con el maestro, protestó de semejante porquería.  
A lo que el barbero contestó:  
—No se moleste, buen hombre... que a usted, por ser forastero, se lo hago así; pero a los del pueblo les escupo en la cara.  
F. R. P. (Guadalajara).

Entre amigas:  
—Oye, Luisita, ¿a que no sabes por qué los ingleses tienen los pies tan grandes?  
—No sé.  
—Pues porque en Inglaterra llueve mucho y crecen las plantas.  
Nieves Fernán Gómez.

**CASA DE LAS PANTALLAS**

Las de gusto más exquisito  
Modelos desde 2,85 pesetas.

ROMERO — Fuencarral, 68.

otra—. Lo que parece es un caballero de edad.  
Arsenio Vinagre (Madrid).

El señor Liborio tiene reuma.  
—¡Gervasia! Prepara la untura y me das friegas, muchas friegas.  
—¿Ya no quieres la cataplasmas?  
—¡Friegas! ¡Friegas!  
—Pues espérate un poco, que antes tengo que barrer la sala.  
—Bueno; primero barres, pero luego "friegas".  
El Carbonero (Madrid).

Por teléfono:  
—¿Quién está en el aparato?  
—El oficial médico de guardia.  
—Pues no se retire, no se retire—contesta una voz de señorita.



—El médico.—No pase usted cuidado, que no me retiro; soy un simple teniente y pienso llegar a general.

Victoriano Prat (Barcelona).

—¿Pero Anacleto, qué haces en mitad de la calle con lo que llueve?

—A ver si puedo crecer un poco, porque mi novia me ha plantao por pequeño.

Manuel Salgado García (Madrid).

A raíz de un incendio en un teatro, la madre pregunta a su hijo:

—¿Qué piensas hacer esta tarde?

—Voy al cine con mi novia.

—Mucho tiento, hijo mío.

Jesús González (Valladolid).

Cuento baturro.

—¡Maño! M'ha dicho el maestro que no has querido aprender en la escuela ni la A... ¿Por qué ha sido?

—¡Porque en cuanti que aprenda la A, querrá que aprenda la B!

Rodríguez y Márquez (Alcázar).

El profesor.—Estoy muy disgustado con su hijo. Ayer no supo decirme la fecha de la muerte de Napoleón.

La mamá del niño.—No le extrañe, profesor; en casa no leemos periódicos.

Tarcos (Palencia).

En la casa de huéspedes:

Uno.—Pues, sí, señores, si; se ha dado el caso de estar unos naufragos quince días alimentándose sólo con un ave.

Otro.—No es extraño; nosotros llevamos ya un año, y aún no las hemos probado.

KK-U-ET (Madrid).

En una de las procesiones que en Andalucía se celebran el Viernes Santo, un cantador se disponía a entonar una saeta a la Virgen, que empezaba con un verso que decía:

dolorido un dedo donde tenía un sabañón. Y al decir "Míralo..." y ver que el que le había pisado se iba escondiendo entre el público numeroso, improvisó esta saeta:

¡Míralo...

Míralo como se cuela entre la gente el ladrón; más valiera que a su agüela le pisara el sabañón con ese pie que es la muela del molino de Morón...!

Hércules (Enguera).

En casa del dentista:

El dentista.—Le pondremos una corona en esa muela.

El paciente.—¡No, por Dios! ¡Que soy republicano!

Luis Sánchez (Bilbao).

**LA HORRA**

Remitimos figurines a quien lo solicite

Presenta las últimas creaciones en sombreros para señoras y niñas. FUENCARRAL, 26, y MONTERA, 15, primeros

"Míralo... Míralo por donde viene..."

Pero apenas pronunció la primera palabra, sintió que le destrozaba el pie un fuerte pisotón que le dio un gachó que intentaba pasar, y que le dejó

—¿Te acuerdas de aquel Rodríguez Pérez?

—Sí, hombre, Juanito, aquel muchacho tan listo...

—Pues ahora es carpintero: se dedica a hacer puertas.

—Ya te decía yo que era



—¿Has prestado algún libro de mi biblioteca, Aurora?

—No, señor.

—Es raro, porque observo que me falta el segundo tomo de la obra del profesor Herr Tinschutz, que trata de las moléculas de los compuestos de cinc.

(De London Opinion.)

un hombre de muchas salidas. L. M. Serrano (Madrid).

—Puedo casarme con una muchacha riquísima que no me importa un comino, o con una muchacha pobre de la que estoy profundamente enamorado... ¿Qué crees tú que debo hacer?

—Sigue los dictados de tu corazón; cástate con la muchacha pobre, y sé muy feliz.

Entre paréntesis: ¿dónde vive la otra?

Benjamín López (Madrid).

**CANA**



**Invento Maravilloso**

para volver los cabellos blancos a su color primitivo a los quince días de darse una loción diaria. Su acción es debida al oxígeno del aire. No mancha la piel ni la ropa. Se aplica con la mano como una loción cualquiera.

Cuidado con las imitaciones

De venta en todas partes.

LABORATORIO  
CASPE 32  
BARCELONA

**CUPON**

correspondiente al núm. 419 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.





# CORRESPONDENCIA

## MUY PARTICULAR



**Rodríguez. (Las Palmas.)**  
¿Conque hoy viven en Las Palmas  
mucho más de cien mil almas?  
¡Nos deja usted asombrados!  
¡Qué cosas extraordinarias  
las que concurren en Canarias!  
¡Es para quedarse helados!!

**Estrofa. (Valencia.)**  
¿Por qué titulas *La chufa*  
a tu artículo, Estrofa?  
¡Da igual decir *La alcachofa*  
o *La estrofa en la estufa*!  
De todos modos, es incompresible,  
admirado compañero.

**El furioso doctor. (Zamora.)**  
Lo de El furioso doctor  
no digamos que está mal.  
Mas creo que este señor  
lo puede hacer aún mejor,  
en vez de hacerlo tal cual.

**"Madrid Viena"**  
**Camisería de moda**  
Montera, 41.-Tel. 16662

**Valdivieso. (Madrid.)**  
¡Cuidado que es malo eso,  
apreciable Valdivieso!

**Don Lepe. (Bilbao.)**  
Eres tan ganso, Don Lepe,  
que, para que bien se sepa,  
más ganso que tú no quepe  
ni es fácil que nunca quepa.

**D. E. F. (Madrid.)**  
Su romance *La partícula*  
es una cosa ridícula.

**S. B. B. (Sevilla.)**—Usted  
debe de ser uno de los varios  
*Curros Melojas* que pululan por  
esa indescriptible capital, por-  
que, camará, exhibe usted una  
*asaúra* verdaderamente consternadora.

**T. de F. (Albacete.)**—Us-  
ted es sencillamente un burro,  
y perdone...  
Perdone el burro que haya-  
mos cometido la irreverencia  
de compararlo con usted...

**C. R. H. (Zaragoza.)**—To-  
davía no hemos leído un soneto  
de un espontáneo que no  
nos haya dado dolor de barri-

ga. ¿Qué tendrán los sonetos,  
Dios mío, para que su elabo-  
ración por manos juveniles pro-  
duzca esos efectos tan terrori-  
ficos?... ¡Va a ser cosa de ver  
un soneto y echar a correr des-  
pavoridamente, para no parar-  
se hasta llegar a Calcuta!...

**E. R. V. (Madrid.)**—Es enor-  
memente tonto.

**C. P. H. (Granada.)**  
¿Conque usted hizo con Lola  
un disparate?... Hola, hola!...  
Y, diga, ¿lo sabe su señora  
madre?... Lo decimos para, si  
no lo sabe, contárselo nos-  
otros, a ver si le quita a us-  
ten de en medio con unos cuan-  
tos mamporros de gran espec-  
táculo...

**M. S. S. (Carcagente.)**—Su  
"Desarrollo de una idea" nos  
ha dado una idea muy pobre  
de su ingenio... Y además nos  
ha dado una idea muy mala:  
la de arrojarlo al cesto, cosa  
que hemos verificado sin tanto  
así de remordimiento. Usted  
perdone.

**Caramelito (Sevilla.)**—  
¡¡Asaúra!!!



**El director del hotel al botones.**—No vas bien, Juani-  
to; antes de salir, saca brillo al cuarto botón de la terce-  
ra hilera.

**Noé (Madrid.)**—Es usted un  
delincuente literario de lo más  
presidiable que se conoce. ¿No,  
eh? ¡Pues sí, Noé!

**R. G. T. (Bilbao.)**—Le agra-  
decemos a usted, con toda el  
alma y casi con todo el cuer-  
po, los inmerecidos elogios que  
nos dedica. Pero, ¡ay!, el ar-  
tículo no se lo podemos agra-  
decer de la misma efusiva ma-  
nera. Ahora bien, en pago a  
sus galantes gentilezas, supri-  
mimos todo comentario guasón  
a su literatura, favor que den-  
tro de cien años estimará us-  
ted en todo lo que vale, y acto  
de discreción que usted es el  
primero con quien lo usamos.  
Y es una lástima, porque qué  
de cosas le diríamos al autor  
del artículo que nos manda, si  
el autor del artículo no fuese  
usted.

**L. E. (Madrid.)**—Es muy  
gracioso su "Humorismo arit-  
mético", sí, señor. Le rezuma  
el salero y se le vierte la chis-  
tosidad por todas partes. ¡Y  
sobre todo, aquel ejemplo que  
pone usted, de que "dos dedos  
gordos y tres frutos de palme-  
ra son cinco dátiles"!

Por supuesto, que con la  
misma razón podríamos añadir  
nosotros que cuatro extracto-  
res de agua de noria y usted  
suman cinco asnos.

Sin embargo de lo cual, y  
para que usted vea que le  
apreciamos lealmente, no lo  
decimos.

**Ponito (Jerez de la Fron-  
tera.)**—Aunque anteriormente  
figuró usted por derecho pro-  
pio en la lista negra de di-  
bujantes dulcemente rechaza-  
dos, sepa usted que ¡cuatro!  
de sus últimos "monos" han  
sido admitidos para su publi-  
cación. ¡Así da gusto! ¡Una  
de cal y otra de arena!...  
¡Que sea enhorabuena por la  
de arena!

**V. N. E. (Madrid.)**  
Su cuento "El borrico enfer-  
mo"  
es un monstruoso estafermo.

**C. C. (Madrid.)**  
¿Son malas mis aleluyas?  
¡Pues mira tú que las tuyas!...

**P. L. H. (Alicante.)**—Por  
desgracia no tiene gracia, no,  
señor.

**Zacarías (Guadalajara.)**  
Los versos de Zacarías  
son varias majaderías.

**R. P. B. (Madrid.)**—Se apro-  
vechará alguno de sus dibujos.

**W. K. (San Sebastián.)**—El  
asunto de su narración es más  
inocente que "Chelito" (antes  
de ser culpable).

**T. R. (Madrid.)**—Su artículo  
se titula "Me voy a Buenos  
Aires".  
¿Podemos confiar en que  
eso es verdad? ¡Porque no  
puede usted figurarse lo feli-  
ces que nos haría el que lo  
fuera!...

**Rondeño (Ronda.)**  
Eficaz es para un sueño  
la crónica de Rondeño.  
No hay más que leerla y se  
cae uno como un fardo hasta  
el día siguiente, y quizás has-  
ta dos días después.

Narcotizantes que somos,  
¿verdad?

(De The Passing Show.)





# CREMA

# LIDA

## RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO  
URQUIOLA. — MAYOR, 1  
MADRID



# BUEN HUMOR



(El conserje del teatro al tenor, que por malo se ha quedado solo cantando):

—Oiga, joven; mi mujer y yo nos vamos a acostar; aquí le dejo la llave y, cuando esté listo, cierre y échela por debajo de la puerta.

Dib. de EMILIO FERRER.—Madrid.